

BIANCA™

 HARLEQUIN™



CLARE CONNELLY
**LA CONDICIÓN
DE LA NOVIA**

Portadilla

BIANCA.

CLARE CONNELLY

LA CONDICIÓN
DE LA NOVIA



Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

www.harlequiniberica.com

© 2026 Clare Connelly

© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

La condición de la novia, n.º 3254 - 21.10.26

Título original: Wedding Night Ultimatum

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).

HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370175955

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

Massimiliano Moretti no perdió el tiempo. La noticia del cáncer de su abuelo aún resonaba en sus oídos cuando voló a Londres en busca de Amelia Rossi. No se detuvo a preguntarse por la conveniencia de su plan. No sopesó detenidamente los detalles.

Habían pasado dieciséis años desde que había logrado enderezar la desastrosa situación financiera de su familia a base de fuerza y tesón; y luego, con el paso del tiempo, había tomado lo que quedaba de su antaño gran fortuna y la había convertido en una riqueza imposible de imaginar. Ahora era uno de los hombres más ricos del mundo y, en parte, lo era porque había confiado en su instinto.

Y en ese momento, su instinto le decía que le quedaba poco tiempo para arreglar las cosas con su abuelo.

Aunque Massimiliano había hecho bastante más que solventar los problemas económicos de la familia, lo que obsesionaba al anciano Antonio Moretti era el estatus social. En otros tiempos, los Moretti habían sido una familia admirada y respetada no solo en Italia, sino en todo el mundo; y lo había sido hasta que el padre de Massimiliano traicionó a sus aristocráticos amigos, les robó y huyó para no tener que pagar por sus pecados.

La onda expansiva destrozó su universo.

En ausencia de su padre, Massimiliano y Antonio Moretti sufrieron la ira de sus antiguos amigos y los excluyeron y marginaron. Los daños fueron tremendos, y la vida de Massimiliano cambió en muchos aspectos. La mujer de la que se creía enamorado le dio la espalda, negándose a tener ninguna relación con el hijo de un

ladrón. Y su abuelo se convirtió en una sombra del gran hombre que había sido.

Desde entonces, Massimiliano estaba decidido a limpiar el buen nombre de los Moretti. Después de lo que habían hecho sus amigos con ellos, ya no le importaba el concepto de honor ni el concepto de linaje. Aquellos aristócratas le habían demostrado que no significaban nada. Pero eran conceptos importantes para su abuelo, y ahora no tenía más remedio que actuar con rapidez.

Tenía treinta y cinco años, y no había vuelto a pensar en sentar cabeza desde que su prometida lo dejó en la estacada. Ya no creía en el matrimonio, pero sabía cómo funcionaban esas antiguas familias italianas. Muchas se estaban hundiendo bajo la presión económica de mantener sus vastas propiedades, porque eran demasiado orgullosas para desprenderse de ellas y demasiado pobres para mantenerlas y repararlas.

Mientras miraba a la camarera de la cafetería a la que estaba a punto de entrar, Massimiliano pensó que era idéntica a Amelia Rossi.

Amelia. Pelo rubio y luminoso. Complexión etérea y esbelta. Piel pálida y mejillas sonrosadas, heredadas sin duda de la familia de su padre, que era inglés. Pero había algo en sus rasgos, en la rectitud de su aristocrática nariz, que delataba su orgullosa ascendencia materna, la de la familia Rossi.

¿Sería consciente de que era prácticamente de la realeza? ¿De que, en los círculos italianos, su apellido se pronunciaba con reverencia y en voz baja? Pero, sobre todo, ¿sabía que sus abuelos estaban al borde de la ruina? Y, de saberlo, ¿le importaría lo suficiente como para seguirle el juego?

Decidido, se dirigió a la entrada del establecimiento, apretando los labios. Desde luego, esperaba que Amelia Rossi le siguiera el juego, porque tenía intención de casarse con ella. Y cuando se convirtiera en su esposa, su abuelo habría recuperado el estatus social que tanto añoraba y podría descansar en paz cuando le llegara la hora.

Capítulo 1

La puerta de la cafetería se cerró de golpe. Amelia gimió, porque solo faltaban diez minutos para echar el cierre y había pensado que, por una vez, se podría marchar a su hora. ¿Qué posibilidades había de que apareciera un cliente tan tarde?

Sonrió como pudo, apretó el paño que tenía en una mano y se giró hacia la entrada de la cafetería. Pero en el momento en que sus ojos se clavaron en el hombre que acababa de entrar, todas las células de su cuerpo se sumieron en un frenético caos. No se parecía en nada a sus clientes habituales. Era imposible de describir. Era tan guapo, tan inmensamente atractivo, que casi quemaba la vista.

Su cabello, de color castaño oscuro, rozaba el negro. Sus ojos eran como de azabache. Su cuadrada mandíbula parecía esculpida a propósito para resultar lo más imponente posible y, en cuanto a sus altos pómulos, no podían estar más marcados.

Además, llevaba un traje que, indudablemente, no era de una tienda del montón, y sus zapatos estaban tan limpios que brillaban.

Se quedó tan atónita que tuvo que hacer un esfuerzo para decir:

–Hola. ¿Qué quieres tomar?

Él entrecerró los ojos, arrancándole un estremecimiento. Pero no de miedo, sino de excitación, porque el ambiente se había cargado de electricidad.

–Eres Amelia Rossi –dijo él, sin más.

Su tono de desaprobación no podía ser más descarado, pero lo que sorprendió a Amelia no fue eso, sino que la hubiera llamado por el apellido de soltera de su madre.

–Amelia Redgrave –puntualizó ella, aun sabiendo que aquello no podía ser una coincidencia.

–¿Tu madre es Aria Rossi?

El corazón de Amelia se aceleró. Hacía tiempo que ya no se consideraba una Rossi. Había dado la espalda a su herencia italiana del mismo modo en que su madre le había dado la espalda a ella.

–¿Por qué lo preguntas?

Él se adentró más en la cafetería y, al estar ante un hombre tan impecable, Amelia cayó en la cuenta de cosas en las que no se solía fijar. Todo en aquel lugar era feo, desde la luz fluorescente que parpadeaba en el mostrador hasta el leve olor a lejía, procedente de la cocina.

Sin embargo, se negó a sentirse avergonzada. No tenía motivos para estarlo. Era un empleo honrado, y se entregaba a él en cuerpo y alma. Estar ocupada le sentaba bien. Distraerse le sentaba bien. Si no tenía tiempo, no podía pensar en lo vacía que estaba su vida desde el fallecimiento de su padre, que había muerto tras una larga batalla contra el cáncer.

–¿Por qué no contestas? –preguntó él.

Ahora estaba más cerca de ella, y Amelia pudo percibir un atisbo de su masculino aroma.

–Para empezar, no eres más que un tipo que acaba de entrar en la puerta. ¿Por qué te iba a contestar?

Los ojos del desconocido brillaron brevemente con humor. Pero fue algo tan fugaz que Amelia pensó que se lo había imaginado.

–¿Hay café?

Ella parpadeó ante el repentino cambio de tema.

–Sí, claro.

–Pues tomaré uno.

–¿Para llevar?

–No tengo prisa.

Ella suspiró y se apartó de él, azorada. Lo último que esperaba ese día era que un hombre entrara en el local y preguntara por su madre.

–¿Cómo lo quieres?

–Solo.

Su respuesta no le sorprendió. Todo en él desprendía potencia masculina, hasta en su forma de tomar el café.

–¿Quién eres? –se atrevió a preguntar mientras preparaba la cafetera.

–Massimiliano Moretti.

Amelia lo miró fijamente. De repente, él era el único objeto sólido y estable en una estancia que había empezado a dar vueltas. Incluso ella, que había estado sus últimos años en un torbellino de hospitales, pisos cada vez más lúgubres y trabajos agotadores, sabía quién era Massimiliano Moretti: uno de los hombres más ricos del mundo. Tenía todo tipo de empresas, desde cadenas hoteleras hasta supermercados, pasando por líneas aéreas y equipos deportivos.

Las manos le temblaron cuando sirvió el café y lo puso en el mostrador.

–¿De qué conoces a mi madre?

–No la conozco.

–Pero has venido a preguntar por ella.

–Porque conozco a sus padres.

En las entrañas de Amelia se desató un incendio. Además de su madre, los únicos parientes vivos que le quedaban eran sus abuelos, aunque nunca los había considerado de su familia, porque no los conocía. A veces, se miraba en el espejo e intentaba distinguir los rasgos desconocidos, las expresiones que no había visto nunca en su padre y su madre, las de personas que, seguramente, no llegaría a conocer.

–¿Sabes algo de tu familia, Amelia?

Ella apretó los puños a los lados.

–No tengo familia –contestó con frialdad–. Y por cierto: cerramos en cinco minutos.

Él la seguía mirando fijamente, como si estuviera mirando en el interior de su alma, así que Amelia se dio la vuelta y siguió recogiendo el local.

–La familia de tu madre es una de las más antiguas y respetadas de Europa.

Amelia cerró los ojos, abrumada por una oleada de emociones.

–No quiero oírlo.

–Si te vieran así, a tus abuelos se les partiría el corazón.

Ella se giró de golpe.

–¿Así? ¿Qué significa eso?

–Que estás trabajando en una cafetería, de camarera.

–¿Cómo te atreves a juzgarme?

Él volvió a entrecerrar los ojos.

–No te estoy juzgando, *contessina*. Tranquilízate. Me limito a exponer los hechos.

Contessina. Aria la solía llamar así, y ella parpadeó en un intento desesperado de borrar ese recuerdo.

–Ya, bueno. Todos hacemos lo que podemos, ¿no?

–Precisamente –dijo él–. Me alegra que comprendas eso.

Ella frunció el ceño.

–No te comprendo.

–Eres Amelia Rossi –volvió a decir él.

–Amelia Redgrave –insistió ella.

–No. A los ojos del mundo, eres una Rossi.

–¿Del mundo? ¿Qué sabe el mundo de mí? Nada, Massimiliano –bramó ella, pronunciando cada sílaba de su nombre con desprecio.

–Eso es verdad. El mundo no sabe nada de ti.

–Pero tú, sí.

–En efecto.

–¿Por qué?

–Porque tu abuelo fue un gran amigo del mío. Discutieron cuando tu madre se marchó y luego te tuvo a ti.

A Amelia se le encogió el corazón.

–¿Mis abuelos saben que existo?

–Por supuesto.

Amelia sacudió la cabeza, dominada por el dolor. Sabían que existía, pero no se habían puesto en contacto con ella. La habían repudiado.

–¿A qué viene todo esto? –acertó a preguntar.

–A que creo que tú y yo podemos llegar a un acuerdo que nos beneficiaría a los dos.

La afirmación del hombre la dejó desconcertada durante unos instantes. Y, cuando salió de su desconcierto, dijo de nuevo:

–¿Cómo te atreves a juzgarme? No tienes ni idea de quién soy. No sabes lo que he pasado. No sabes lo importante que es este empleo

para mí.

–Sé lo suficiente –dijo él en voz baja.

En ese momento, Amelia se dio cuenta de que él podía ser un desconocido para ella, pero ella no lo era para él. La había investigado.

–¿Cómo me has encontrado?

–No ha sido difícil.

–¿Qué más sabes de mí?

–Todo –respondió él sin emoción alguna–. Sé que tienes veintitrés años y estás ahogada en deudas. Sé que perdiste a tu padre hace seis meses.

Ella parpadeó, intentando contener las lágrimas.

–Sí, es evidente que me has investigado bien, pero vamos a cerrar –dijo con voz quebrada–. Y, por favor, no te molestes en pagar ese café. Límitate a marcharte.

Él se levantó del taburete donde se había sentado; pero, en lugar de dirigirse a la salida, apoyó un codo en el mostrador y la miró con aire de indolente interés.

–¿No quieres saber por qué estoy aquí?

Ella no habría podido negar que sentía curiosidad, pero sacudió la cabeza.

–Dejé de crearme italiana el día que mi madre se marchó. No sé qué me quieres decir, pero es obvio que está relacionado con su lado de mi familia, y te aseguro que no me interesa.

–¿Aunque tus abuelos estén en una situación parecida a la tuya?

–¿Cómo?

–Tu madre también les hizo daño a ellos. No eres la única persona a la que abandonó.

Amelia cerró los ojos, incapaz de soportar el dolor.

–Por favor, márchate.

–No hasta que hayas oído lo que tengo que decir.

Ella se quiso resistir, pero su desconcertante aparición y las cosas de las que estaba hablando hicieron que se sintiera súbitamente débil y un poco mareada. De hecho, soltó la puerta del local, que ya había abierto, y se quedó parada.

Entonces, él avanzó hacia ella y echó el cerrojo, para que nadie los interrumpiera.

–Tú y yo tenemos algo en común, Amelia –dijo él, tan cerca que su aliento le acarició la mejilla–. Los dos sabemos lo que se siente cuando te abandona un padre.

Amelia frunció el ceño.

–En mi caso no fue mi madre, sino mi padre –continuó él–. Se fue cuando yo tenía diecinueve años; pero, antes, estafó a todas las personas que conocíamos. Robó cientos de millones de euros y los escondió en paraísos fiscales. Cuando su delito salió a la luz, desapareció sin dejar rastro.

Ella no pudo decir nada. Se limitó a mirarlo fijamente.

–Mi abuelo y yo nos quedamos solos, y tuvimos que arreglar el desastre. La policía nos interrogó una y otra vez, porque no creían que mi padre hubiera actuado solo. Nuestros amigos nos despreciaban. Nuestro apellido, que había sido uno de los más respetados de Europa, quedó por los suelos. Mi padre destruyó de un plumazo un legado que se había forjado a lo largo de muchas generaciones.

Las palabras de Massimiliano avivaron un poco más la curiosidad de Amelia, que siguió en silencio.

–Sinceramente, el legado me importa un bledo; y, si pudiera, no tendría ninguna relación con esos hipócritas que nos dieron la espalda. Pero a mi abuelo le importa mucho. Quiere limpiar el buen nombre de nuestra familia. Quiere que se nos respete de nuevo.

–Oh, vamos, eres Massimiliano Moretti. Tienes una fortuna astronómica. Seguro que eso te garantiza el «respeto».

–No con ese tipo de gente... Son orgullosos, feroces y fríos como un témpano. Nos cerraron la puerta en las narices, y esa puerta sigue cerrada. Para mi abuelo, es una tortura diaria.

–Lo siento –dijo ella con sinceridad–, pero no veo cómo puedo ayudarte.

–¿Seguro que no? –musitó él, recorriendo sus rasgos con la mirada, como buscando algo–. Eres una Rossi. Aunque no hubiera sabido quién eras, me habría dado cuenta por tu porte. Además,

tienes la complexión de tu padre, aunque el resto lo has heredado de tu madre.

Ella se volvió a estremecer. Sabía que lo que Massimiliano estaba diciendo era cierto, pero había deseado mil veces que no lo fuera. Si hubiera existido la forma de eliminar todo el ADN de su madre que había en su cuerpo, lo habría eliminado.

—¿Has venido aquí sin más intención que la de insultarme? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Sabes que esa no es mi intención.

—Ya, pero para mí...

—Tu madre te hizo daño —dijo él, asintiendo—. Pero tus abuelos no han hecho nada malo.

Ella se mordió el labio inferior.

—Por supuesto que sí. No han intentado ponerse en contacto conmigo.

—Ni tú con ellos.

—Era una niña cuando...

—Pero ahora eres una mujer —la interrumpió.

—Sí, bueno, he estado muy ocupada últimamente —declaró, sintiéndose culpable.

—Tus abuelos son personas muy orgullosas, como corresponde a una familia tan antigua como Italia. Pero están igual que tú, con deudas hasta las cejas.

Ella parpadeó, recordando fragmentos de conversaciones, de historias que le habían contado en su infancia.

—Eso no puede ser cierto. La familia de mi madre es rica.

Él sacudió la cabeza.

—No. Lo era, hace mucho tiempo. Tienen propiedades, pero casi todas están hipotecadas. Si siguen así, tendrán que vender su patrimonio. Es una situación que conozco desde hace tiempo, aunque no supe lo grave que era hasta la semana pasada.

Amelia no podía fingir que eso no le afectaba. Las dificultades de sus abuelos se acababan de sumar al dolor por la muerte de su padre y la traición de su madre.

—Lo lamento muchísimo, pero no estoy en condiciones de poder ayudarlos —dijo—. Creo que eso es obvio.

–Tú no los puedes ayudar. Pero yo, sí.

Amelia asintió lentamente.

–Sí, claro, supongo que puedes. Y, si los ayudas, te estaré muy agradecida.

–Mi ayuda no sería un acto filantrópico, Amelia. Tiene un precio.

Ella frunció el ceño.

–¿Qué significa eso?

–Cuando mi padre se marchó, juré que devolvería todo el dinero que se había llevado. Aquello estuvo a punto de hundirnos a mi abuelo y a mí. Tenía que ganar más dinero, así que invertí el último millón de euros que nos quedaba y lo convertí en dos, en diez y, al final, en cien. Yo no regalo nada. Lo que hago es invertir en beneficio propio.

–Pero mi abuelo era amigo de tu abuelo –le recordó ella.

–La amistad no es algo que me importe demasiado. Hace tiempo que aprendí que no se puede confiar en ella. Pero por mi abuelo haría cualquier cosa.

–Tu abuelo... –repitió ella.

–La semana pasada me enteré de que tiene cáncer.

Amelia soltó un grito ahogado.

–¿De qué tipo?

–¿Por qué lo preguntas?

Ella se encogió de hombros.

–Porque me he convertido en una especie de experta durante los últimos años.

Amelia no le dijo toda la verdad. Era cierto que había aprendido mucho con la enfermedad de su padre, pero siempre había querido ser médica; concretamente, desde que era niña y su mejor amiga falleció por culpa de una leucemia. Quería ayudar a los enfermos. Hacer del mundo un lugar mejor.

–De vejiga. Estamos a la espera de los resultados de las pruebas. Hasta entonces, no sabremos hasta qué punto se ha extendido. Por desgracia, su oncólogo no es optimista.

–Lo siento muchísimo –dijo ella, sintiéndose extrañamente cerca de él.

–Sé que podría morir. Lo sé de sobra. Pero, antes de que muera, quiero darle la única cosa que quiere. Algo que mi dinero no le puede dar.

–¿De qué se trata?

–De que el apellido de nuestra familia vuelva a ser honorable. De que mi abuelo sepa que su legado no ha quedado destruido para siempre.

–Pero, ¿cómo... ?

–Casándome contigo, Amelia Rossi. Si nos casamos, no habrá nadie en Italia que se atreva a rechazarlo. He venido aquí a llevarte a casa... como esposa mía.

Capítulo 2

Amelia soltó una carcajada. No lo pudo evitar. Pero no fue una risa normal, sino una cargada de mofa y enajenación, arrancada de su garganta contra su voluntad.

–¿Estás hablando en serio? –preguntó instantes después–. ¿Por qué diablos me iba a casar contigo? Nos acabamos de conocer, literalmente.

Él clavó la vista en sus ojos.

–El nuestro no sería un matrimonio convencional.

–Eso es evidente –dijo ella, mirándolo con exasperación.

Aunque no tenía intención de casarse con él, Amelia sopesó la idea e intentó imaginarse a sí misma en el mundo de Massimiliano.

Lo intentó y fracasó, porque la idea era absurda.

No tenían nada en común. Ella era camarera en una cafetería barata del este de Londres, y él era Massimiliano Moretti, un hombre extraordinariamente rico, que vivía entre todo tipo de lujos. En cambio, ella ni siquiera tenía dinero para pagar los intereses de su tarjeta de crédito.

–No nos vamos a casar –añadió Amelia.

–¿Aunque pueda acabar con tus problemas económicos con un simple chasqueamiento de dedos? ¿Aunque pueda hacer lo mismo por tus abuelos?

A ella se le encogió el corazón.

–Ni siquiera los conozco.

–Pero no quieres que acaben en la miseria.

–¿Y tú?

–Hace tiempo que no me siento en la necesidad de fingirme leal a nadie. Con excepción de mi abuelo, claro.

–Has dicho que eran amigos... Seguro que tu abuelo querría hacer algo por ellos.

–No me lo ha pedido.

–Pero...

–No, Amelia. Solo tendría un motivo para ayudar a tus abuelos: que fueran familia mía. Si te casas conmigo, no tendré más remedio que echarles una mano.

Ella se quedó boquiabierta.

–¿Me estás intentando extorsionar?

Massimiliano entrecerró los ojos.

–Te estoy intentando incentivar.

–Llámallo como quieras, pero es lo mismo.

–Además, tus deudas son considerables –dijo él, haciendo caso omiso de su comentario–. Y qué decir de las circunstancias en las que vives.

Ella se enderezó, ganando altura. No era una mujer baja, pero Massimiliano le sacaba bastantes centímetros.

–¿Qué tienen de malo esas circunstancias? –preguntó, ofendida.

Él despreció totalmente su pregunta.

–¿Esto es lo que quieres de la vida, Amelia? ¿En serio?

–No todo el mundo tiene la suerte de poder vivir en un mundo de ensueño –replicó ella.

–No, pero tú podrías. Cástate conmigo y podrás ser y hacer lo que quieras.

Por primera vez en mucho tiempo, algo parecido a la esperanza ardió en el pecho de Amelia. Los sueños a los que ya había renunciado revivieron de repente, tentándola, provocándola. Pero ¿a qué precio?

¿Casarse con un desconocido? Y, sobre todo, con uno que se quería casar con ella por el apellido de su madre, un apellido que ella tenía asociado a la traición y el dolor.

–Podrías volver a tu hogar, ver a tus abuelos.

–Italia no es mi hogar.

–Bueno, supongamos que no lo es. Pero podrías vivir allí una temporada y tener ocasión de conocerlos.

–No los quiero conocer –dijo ella, con el corazón en un puño.

–¿Estás segura de eso?

Ella cerró los ojos un momento, frustrada.

–No me puedo casar contigo –insistió nuevamente–. Iría en contra de todo lo que creo.

–¿En contra de qué?

Amelia frunció el ceño.

–Creo que eso es evidente.

–No, no lo es. Supongo que lo dices porque crees en el matrimonio, pero eso es precisamente lo que te estoy ofreciendo.

–Los matrimonios se deberían basar en el amor y la confianza. Deberían ser un acuerdo entre dos personas que quieren pasar su vida juntas.

–Eso no es lo que yo te propongo.

–Lo sé.

–Pero sería beneficioso para los dos. Y, desde luego, es mejor que la alternativa.

–¿Me estás diciendo que yo soy la única persona con la que te puedes casar para limpiar el buen nombre de tu familia?

Él le dedicó una expresión sombría.

–La situación financiera de tus abuelos, sumada a tu propia situación, te convierte en una persona más que adecuada para mis intenciones. Serás más razonable que otras cuando negociemos los términos de nuestra relación.

–¿Más razonable que las mujeres ricas de la alta sociedad? –dijo ella con ironía.

Él se limitó a asentir.

–Massimiliano, tengo veintitrés años y toda la vida por delante...

–Exactamente –dijo él, acercándose a Amelia–. Tienes todas las desventajas que se pueden tener. La vida no ha sido amable contigo. Pero, si nos casamos, serás rica y podrás hacer lo que te venga en gana, sin estar sometida a ningún tipo de estrecheces.

A ella se le volvió a encoger el corazón. Lo que le estaba proponiendo sonaba muy bien, pero no era tan ingenua como para no saber que ese tipo de cosas solían ocultar una trampa.

–Está bien, te seguiré el juego un rato. No estoy diciendo que me vaya a casar contigo. Solo quiero que entres en detalles, que me

cuentas qué es lo que has pensado.

Él asintió de nuevo.

—En primer lugar, nos casaríamos de inmediato. Quiero que mi abuelo tenga la oportunidad de disfrutar de la recompensa de nuestro matrimonio. Puedo conseguir una licencia especial, así que nos podríamos casar antes de siete días.

Amelia se quedó boquiabierta de nuevo, pero no lo interrumpió.

—Recibirías un pago el día de la boda. Lo suficiente para cubrir tus deudas y estar más cómoda de lo que podrías imaginar. Podrás respirar tranquila por primera vez en mucho tiempo. Y, tres meses después, empezaría a pagar las hipotecas de tus abuelos.

—¿Por qué tres meses después? —dijo ella, aunque lo comprendió de inmediato—. Ah, claro, como cláusula de seguridad. Para asegurarte de que no me marche.

—En efecto.

—Pues eso es extorsión.

Esta vez, él ni siquiera intentó decir que solo era un incentivo.

—¿Y cuánto duraría ese matrimonio? —continuó ella.

—Mientras viva mi abuelo.

—No, no, espera un momento. Podría vivir muchos años. De hecho, sobra decir que espero que los viva, pero...

—No quieres estar atada a mí indefinidamente.

Ella asintió.

—En ese caso, pongamos un tiempo máximo. ¿Te parece bien dos años?

Amelia lo miró con el corazón desbocado. En dos años, tendría veinticinco.

—¿Y luego?

—Nos divorciaremos discretamente y tú recibirás una buena suma.

—¿Buena? ¿Hasta qué punto?

—Tan grande que no tendrás que volver a trabajar en tu vida. Nunca te volverás a preocupar por no poder pagar la renta o comprar algo que necesites.

Amelia ni siquiera era capaz de imaginar una vida así. Siempre había tenido problemas económicos. Sus padres estaban arruinados, y la situación empeoró aún más cuando su madre se fue. Pero, en

cualquier caso, ella no quería vivir sin trabajar, sino trabajar en lo que le apasionaba. Quería volver a la universidad, estudiar la carrera de Medicina y convertirse en médico.

La oferta era indiscutiblemente tentadora.

–Ya, pero ¿nuestro matrimonio sería real? –preguntó, ruborizada–. Es decir, ¿qué esperarías de mí si...?

–Descuida, Amelia. Esto no es una proposición sexual. Eres demasiado joven para mí.

Ella lo miró con dureza.

–¿Ah, sí?

–Te saco doce años. Ya ni me acuerdo de lo que sentía teniendo veintitrés.

Amelia se mordió el labio, extrañamente decepcionada.

–Sin embargo, tendremos que vivir juntos –prosiguió él–. Para que esto funcione, mi abuelo tiene que creer que el nuestro es un matrimonio de verdad. Y conociendo como conozco a tus abuelos, también servirá para evitarles más disgustos.

–¿Mis abuelos?

–Son gente orgullosa, Amelia. Solo aceptarán mi ayuda si procede de un hombre que parece genuinamente enamorado.

–Oh. Así que tendremos que fingir que...

–En efecto. Cuando estemos con nuestras familias, tendremos que fingir.

–¿Y cuando no?

–Viviremos nuestras propias vidas.

–Pero en la misma casa.

–Mi casa es tan grande que tendrás intimidad de sobra.

Amelia tampoco imaginaba cómo sería eso. A fin de cuentas, llevaba varios meses compartiendo un piso de dos dormitorios y un solo cuarto de baño con tres chicas más.

–O sea, que estaremos casados pero no seremos pareja.

–Así es.

–¿Y eso te parece bien?

Massimiliano arqueó una ceja, instándola a continuar.

–Nos acabamos de conocer, pero no pareces un hombre que no sea...

–¿Sexualmente activo? –la interrumpió.

Ella cerró los ojos un momento, avergonzada.

–Si estoy con otras mujeres, seré discreto. No te enterarás –le aseguró–. Y, por supuesto, espero lo mismo de ti.

Amelia se sintió profundamente mortificada. ¿Qué habría pensado si le hubiera dicho que no había salido con nadie en muchos años? Concretamente, desde que su padre se había puesto enfermo. Y, de todas formas, sus relaciones amorosas habían sido puramente platónicas.

–¿Firmaremos un contrato?

–Desde luego que sí.

Ella suspiró.

–Me lo tendré que pensar. ¿Cuándo necesitas una respuesta?

–Me vuelvo a Italia mañana, a la hora de comer. Puedes venir conmigo en calidad de novia mía o rechazar mi propuesta y hacer como si yo no hubiera estado aquí –respondió él–. La decisión es tuya.

Massimiliano sacó una tarjeta y se la dio. Solo tenía sus iniciales y un número de teléfono.

–¿A la hora de comer, has dicho?

Él asintió.

–Si tienes más dudas, llámame. Pero esta es una de esas oportunidades que solo se presentan una vez en la vida, Amelia. Piensa en el dinero, y en la posibilidad de entrar en contacto con tus familiares.

Massimiliano abrió la puerta del local y le dio la espalda de nuevo.

–Ahora bien, si prefieres quedarte en un sitio como este, si esto te parece suficiente... –añadió él–. Tú verás.

Massimiliano había ido a la cafetería con un traje de color gris oscuro y una inmaculada camisa blanca; pero, cuando Amelia soñó con él aquella noche, no llevaba nada puesto. Estaba completamente desnudo.

¿Por qué se había empeñado su mente en evocar esas imágenes? ¿Por qué se envolvían súbitamente sus brazos alrededor de su

cuerpo y hacían bastante más que acariciarle el talle? ¿Por qué se había despertado empapada de sudor, con la mente sumida en un caos y el cuerpo dominado por el deseo y la necesidad?

Miró hacia el otro lado de la habitación y se alegró de que su compañera de habitación fuera de las que disfrutaban de la noche, porque no estaba en su cama. ¿Qué habría pensado si hubiera estado allí y ella hubiera gritado el nombre del millonario que le había propuesto matrimonio? ¿Qué habría pensado si se le hubieran escapado gemidos de placer?

Incómoda, se levantó, se duchó, se sirvió un té y se sentó en la minúscula cocina, contemplando la pared de ladrillo que tenía enfrente. No se podía decir que fuera la casa de sus sueños, pero era lo único que se había podido permitir tras la muerte de su padre. De repente, se había quedado sola, desesperada y sin un céntimo. Se había tenido que mudar a toda prisa y vender todas sus pertenencias, muebles incluidos.

Sin embargo, el piso estaba cerca de su trabajo, y sus compañeras eran muy agradables. Aunque, por otra parte, no tenía una relación estrecha con ellas. Aún estaba en el proceso de lamerse las heridas.

Massimiliano le había dicho que su oferta de matrimonio era una de esas oportunidades que solo se presentaban una vez en la vida. Además, había dejado claro lo que quería y por qué lo quería. Ahora era ella quien debía plantear sus exigencias, porque el dinero no era motivo suficiente, no por sí solo.

Alcanzó su tarjeta, alcanzó el teléfono y, sin tener todavía un plan formado, marcó su número y contuvo la respiración.

Massimiliano no estaba seguro de que lo fuera a llamar. Sabía que su oferta era muy tentadora, pero Amelia no había reaccionado precisamente con entusiasmo. De hecho, se había mostrado fría y distante hasta que salió el tema de sus posibles relaciones íntimas, momento en el cual se ruborizó de un modo sorprendentemente inocente.

Así que, cuando su teléfono empezó a sonar a primera hora de la mañana y vio un número desconocido en la pantalla, no tuvo la

seguridad de que fuera ella.

–¿Dígame?

La ahogada inspiración que sonó al otro lado de la línea le resultó inmediatamente familiar. Era Amelia, sin duda.

Massimiliano apretó el teléfono con más fuerza, porque necesitaba que aquello saliera bien. No se trataba solo de limpiar la reputación de la familia. Eso era importante para su abuelo, pero el anciano se sentiría más tranquilo al pensar que había encontrado el amor y que iba a sentar cabeza. Le había hablado muchas veces de su matrimonio y de lo feliz que había sido. Para su abuelo, la familia era más importante que el dinero.

En cambio, él era todo lo contrario, aunque no había sido siempre así. Había cambiado tras la traición de su padre, cuando el mundo entero le dio la espalda y sus amigos lo abandonaron. Hasta su prometida de entonces había huido a toda prisa.

Aquello le había demostrado que las relaciones que había tenido eran tremendamente superficiales. Y, en ese momento, tomó la decisión de actuar en consecuencia y no volver a permitir que le hicieran daño. De hecho, las mujeres con las que salía no se hacían ilusiones con él. Dejaba claro lo que esperaba desde el principio. Establecía unas normas básicas y, en cuanto pensaba que alguien quería algo más, se marchaba.

–¿Amelia?

–Sí, soy yo.

–¿Has tomado una decisión?

–Sí, pero tengo... unas cuantas ideas –respondió ella en voz baja–. ¿Estás libre esta mañana?

–¿No podemos hablar por teléfono?

Amelia respiró hondo, nerviosa.

–Será más fácil si hablamos en persona. ¿Dónde nos podemos ver?

Massimiliano echó un vistazo a su ático de Knightsbridge, con sus magníficas vistas de Hyde Park.

–Si te parece bien, en mi casa. Ahora te envío la dirección.

Ella guardó silencio unos segundos y dijo:

–De acuerdo. Hasta ahora entonces.

Capítulo 3

Amelia no podía creer que estuviera a punto de aceptar su oferta. Aquello era una verdadera locura. Pero Massimiliano estaba en lo cierto: era una oportunidad de cambiar su vida, de salir del mundo en el que había vivido desde pequeña, siempre atrapada entre las dificultades económicas de sus padres y sus constantes discusiones.

Afortunadamente, había conseguido que el Estado le diera una beca para estudiar Medicina, y justo entonces, cuando parecía que las cosas iban a ir mejor, los médicos diagnosticaron un cáncer a su padre, y ella no tuvo más remedio que renunciar a sus sueños, porque no le podía dejar en la estacada.

Pensándolo bien, tendría que haber estado saltando de alegría, porque aquella propuesta lo podía cambiar todo. Llevaba toda la vida cuidando de los demás, empezando por su padre. ¿Por qué no cuidar de ella misma por una vez? ¿Es que no merecía una vida mejor?

Sí, merecía tener la vida que soñaba. Pero, si iba a seguir adelante con ese asunto, Massimiliano tendría que darle lo que quería. Y para eso necesitaba ser fuerte y valiente; atreverse a hablar con claridad.

Al ver a los dos porteros uniformados que estaban en la puerta del moderno edificio, se ruborizó un poco, les dedicó una sonrisa nerviosa y se dirigió a los ascensores. Luego, entró en uno y pulsó el botón de la última planta. Tenía el corazón en un puño, y la sensación no mejoró cuando se miró en el enorme espejo.

Aquel día, se había puesto una indumentaria que generalmente le encantaba: una sencilla falda negra combinada con una blusa de color champán y una cazadora vaquera. Pero, cuando vio su imagen,

se sintió tan fuera de lugar como un *punk rocker* en el Palacio de Buckingham.

Al llegar a su destino, se armó de valor y, tras acercarse a las enormes puertas blancas que tenía enfrente, llamó con los nudillos. Pero sus golpes fueron tan leves que casi no los oyó ni ella misma, y tuvo que insistir con más fuerza.

Massimiliano abrió instantes después, y ella se quedó boquiabierta, con la boca súbitamente seca. No estaba precisamente desnudo, pero solo llevaba unos pantalones cortos y una toalla sobre su ancho y musculoso pecho.

–¿Es que no me esperabas? –acertó a decir.

Él arqueó una ceja y se apartó de la entrada, invitándola a pasar.

–Sí, pero no sabía cuánto tardarías. Me has pillado en la ducha.

Ella tragó saliva y entró en el piso, intentando controlar la reacción que le había causado la visión de su pecho y su fantástico aroma, una mezcla de jabón y de algo más intenso, especiado y alpino.

–¿Un café? –preguntó él.

–Sí, gracias.

Cuando Massimiliano empezó a andar, ella se quedó atónita con la fluidez y la potencia de sus movimientos. Se dedicó a admirarlo como si fuera una obra de arte, y tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la vista.

Él la llevó a la cocina y le dedicó una sonrisa irónica, como si se hubiera dado cuenta de que estaba a punto de babear. Amelia se ruborizó de inmediato, pero se las arregló para mantener el aplomo y no dejarse dominar por la vergüenza.

–¿Querías hablar conmigo? –preguntó él mientras preparaba la cafetera.

–Sí, en efecto.

Amelia se acercó a la encimera y se sentó en un taburete, pero se volvió a levantar al instante, con la sensación de estar haciendo algo inadecuado.

–Tienes miedo de mí –afirmó él, sorprendido.

–No, qué va, es que estoy... nerviosa. No es lo mismo.

–¿Y por qué estás nerviosa?

–Porque, por muy tentadora que sea tu propuesta, se me ocurren un millón de razones para rechazarla.

–Pero estás aquí.

–El matrimonio que me ofreces podría servir para que todos mis sueños se hagan realidad. Y hace mucho tiempo que renuncié a eso. Ya no pensaba que fuera posible. Creía que no volvería a tener la vida que quiero, la que tenía antes de que todo se estropeará.

–Háblame de la vida que quieres. ¿Qué esperas de ella?

Amelia respiró hondo.

–Mucho más de lo que tengo –respondió–. A decir verdad, me encantaría rechazar tu oferta, demostrarte que no me vendo por dinero, pero no puedo rechazarla. Ni puedo ni quiero.

–No olvides que soy yo quien te ha hecho ese ofrecimiento, no tú. No te ofrecería nada que no esté dispuesto a dar y, además, espero algo a cambio. Ese matrimonio es importante para mí. Lo hago por el bien de mi abuelo. Si me caso contigo, le estaré dando algo que nunca le podría comprar.

–Ya, pero me estarás comprando a mí. En cierto sentido.

–No, en absoluto. Como te dije ayer, esto es una simple transacción comercial.

Ella asintió lentamente.

–Sí, claro, solo es un acuerdo. Y eso es justo de lo que quiero hablar.

–Te escucho –dijo él, dándole una taza de café.

–No quiero esperar hasta cumplir los veinticinco para empezar a vivir mi vida.

Él entrecerró los ojos, y a ella le pareció tan impresionante y se sintió tan intimidada que se volvió a preguntar cómo era posible que estuviera dispuesta a ser su esposa.

Amelia cerró las manos sobre la taza, probó el café y dijo:

–Quiero ir a la universidad. No hablo italiano, pero me podría matricular en una universidad británica a distancia y estudiar por Internet.

–¿Por qué no hablas italiano?

–¿Es un requisito para casarme contigo?

Él la miró a los ojos.

–No, pero lo deberías aprender.

–Me lo pensaré...

–Obviamente, no tengo nada en contra de que estudies a distancia. Tengo jornadas laborales muy largas, así que casi no parecerá que estemos viviendo juntos. Lo que hagas con tu tiempo es cosa tuya.

Amelia asintió, con un nudo en la garganta.

–Hay algo más –dijo.

–¿Se qué se trata?

Massimiliano cruzó los brazos sobre el pecho, sin ser consciente del efecto que su presencia física estaba causando en ella.

–Quiero que tengamos una noche de bodas.

Él frunció el ceño.

–¿Por qué?

Amelia se ruborizó terriblemente y se alejó de él, dirigiéndose hacia los ventanales que daban a Hyde Park.

–No tengo demasiada experiencia con los hombres. Por supuesto, fui a unas cuantas fiestas cuando estaba en el instituto y me besé con unos cuantos chicos, pero nada más. Y, luego, mi padre se puso enfermo y yo tuve que dejar los estudios, cuidar de él y ponerme a trabajar para pagar las facturas. No he tenido tiempo para salir con nadie.

Amelia se volvió a girar hacia él, y descubrió que seguía en el mismo sitio y que estaba rígido, con la vista clavada en ella.

Podría haberse echado atrás en ese momento, pero no lo hizo. Su inexperiencia no era lo único que estaba en juego. Había algo en aquel hombre, algo tan intenso como una tormenta eléctrica, algo que le hacía pensar que acostarse con él sería una experiencia tan reveladora como satisfactoria.

–Tengo veintitrés años y sigo siendo virgen –le confesó, sacando fuerzas de flaqueza–. Si me voy a casar, quiero hacer el amor con mi marido.

Él se quedó momentáneamente boquiabierto.

–No deberías ofrecer tu virginidad así como así, Amelia.

–¿Por qué no?

–Porque tu primera vez debería significar algo.

–Y significará algo. Significará que estoy haciendo algo para mí misma, por mi bien. ¿No te parece suficiente?

–El sexo no forma parte de nuestro acuerdo.

–Ni lo formará después de la noche de bodas –puntualizó ella–. Puedes hacer lo que quieras y con quien quieras, que yo no me opondré. Mi oferta es de una sola noche.

–No.

El corazón de Amelia pegó un respingo. No esperaba que Massimiliano la rechazara y, mucho menos, tan deprisa. Pero siempre había sido una luchadora, y no se iba a rendir con tanta facilidad.

–No estoy dispuesta a renunciar a eso.

–¿Estás diciendo que, si no me acuesto contigo, volverás a esa cafetería y a una vida de estrecheces, permitiendo que tus abuelos pierdan todo lo que les queda?

Amelia palideció, consciente de que su posición era muy débil. No tenía nada con lo que negociar. Nada salvo la necesidad del propio Massimiliano. Ese matrimonio era tan importante para él que había viajado a Inglaterra sin más intención de ofrecerle una fortuna a cambio de una boda.

–Sí, y también estoy diciendo que, si no te acuestas conmigo, tendrás que buscarte otra mujer. Alguien que se quiera casar contigo por el bien de tu familia y que no espere nada de ti –replicó ella–. O eso, o aceptas mis condiciones.

El ambiente se cargó de tensión con su ultimátum.

–Eso es una locura –dijo él, sacudiendo la cabeza.

–No. La locura es que yo tenga veintitrés años y no me haya acostado nunca con nadie.

La expresión de Massimiliano cambió al instante, y la miró con curiosidad.

–¿Eres consciente de que hacer el amor no implica nada más? ¿De que acostarnos juntos no dará pie a ninguna otra cosa?

–Por supuesto que sí. Soy virgen, no tonta. Sé que el sexo y el amor no son lo mismo y, desde luego, no pretendo que me ames. Sé lo que me estás ofreciendo. Y si estás dispuesto a cumplir mis condiciones, me casaré contigo.

Sus términos no eran exactamente onerosos. Massimiliano había pensado que le iba a pedir más dinero. Había supuesto que lo había investigado por Internet y que ahora sabía que le podía sacar una fortuna. De hecho, no le habría sorprendido que le hubiera pedido un millón de dólares a cambio de casarse con él. Y se los habría dado.

Volver a casa con Amelia, comprometido con la hija perdida de los prestigiosos Rossi, devolvería a los Moretti su buena reputación. Y estaba dispuesto a pagar lo que fuera por hacer feliz a su abuelo.

Aquello acabaría por fin con el recuerdo de los pecados de su padre y con la mancha que había dejado en el legado familiar.

Pero, al verla allí, tan esbelta y joven, mirándolo con sus grandes ojos azules mientras se frotaba nerviosamente las manos, se le hizo un nudo en la garganta. Aquel matrimonio sería una transacción financiera, y habría preferido que el sexo brillara por su ausencia. Amelia era indiscutiblemente bella, pero podía apreciar su belleza sin intentar llevársela a la cama. Además, había un montón de mujeres con las que podía satisfacer sus necesidades.

Casarse con ella implicaba que estarían mucho tiempo juntos, algo que no había hecho nunca con ninguna de sus amantes. No podría romper su relación cuando le pareciera oportuno. Estaría atado a su matrimonio, y ese era un motivo más que suficiente para trazar ciertas fronteras. Pero, a pesar de ello, decidió concederle su deseo. Especialmente, porque no podía negar que la deseaba.

–Está bien, pero solo será una noche, Amelia. No cambiará nuestro acuerdo original. Yo seguiré saliendo discretamente con otras mujeres y, por supuesto, me parecerá bien que tú salgas con otras personas.

Ella palideció ligeramente, pero asintió.

–Trato hecho –dijo.

Massimiliano extendió una mano para sellar el acuerdo con un apretón, como habría hecho tras firmar cualquier acuerdo. Pero, al sentir su pequeña y delicada mano entre los dedos, la sangre le ardió en las venas.

De repente, estaba deseando que llegara su noche de bodas.

Amelia siempre había vivido en Inglaterra. La única razón por la que tenía pasaporte era porque su padre había insistido.

–Algún día querrás extender las alas y volar, pétalo mío –le había dicho.

Sin embargo, Amelia nunca había querido volar, porque lo tenía asociado a lo que había hecho su madre: abandonarlos sin mirar atrás. Y, en consecuencia, odiaba los cambios.

Pero, tras pasar casi cuatro horas con Massimiliano Moretti, empezaba a comprender lo que se sentía al extender las alas, como decía su difunto padre. Un segundo después de estrecharle la mano, ya estaba en marcha todo el proceso. Llamó a sus abogados, mantuvieron una reunión y se redactó un documento con todas las condiciones del acuerdo, sin más excepción que lo de la noche de bodas.

Él no había querido que constara en el documento, y a Amelia le había parecido bien. Además, no necesitaba ningún tipo de contrato. Massimiliano le había dado su palabra, y eso era suficiente para ella. Sabía instintivamente que era un hombre con sentido del honor.

Cuando los abogados se fueron, Massimiliano la envió a una *boutique* de la misma calle, donde la estaba esperando una especialista en moda que se pasó una hora seleccionando un vestuario entero. Y no uno normal y corriente, sino uno apropiado para la *contessina* Amelia Rossi.

Había de todo, desde ropa interior hasta vaqueros, trajes, vestidos, bolsos y zapatos, además de todos los productos de maquillaje que pudiera necesitar. Mucho más de lo que ella podría haber pagado en toda su vida. El dinero que tenía no le habría dado ni para pagar una sola de las prendas que ahora estaban empaquetadas en el despacho personal de la especialista.

–Me encargaré de que lo envíen al aeropuerto, como ha pedido el *signor* Moretti –dijo la mujer con una sonrisa.

Amelia salió de la *boutique* con uno de los vestidos que se había probado y se subió a la lujosa limusina que la estaba esperando. El

chófer la llevó entonces a King's Road, donde las empleadas de un imponente salón de belleza la recibieron como si fuera la persona más importante que había estado nunca en su establecimiento. Y eso no era poco, teniendo en cuenta que había dos actrices extremadamente famosas entre su clientela.

Aunque Amelia era rubia de verdad, la estilista le aclaró unos cuantos mechones de la parte delantera, con intención de añadirle un toque de frescura, como dijo. Luego, dio un poco de volumen a su cabello y se lo cortó levísimamente, lo justo para que enmarcara mejor su cara y se le formaran unas cuantas ondas.

Cuando la mujer terminó con su pelo, llegó el momento de la manicura; y cuando acabaron con ella, Amelia casi no se reconoció a sí misma. De hecho, se quedó atónita al mirarse en el espejo, y por una buena razón: tenía un aspecto tan elegante y refinado que se parecía a su madre.

Se puso tan nerviosa que sintió el deseo de huir. Desde que Aria los había abandonado, ella no había hecho otra cosa que intentar destruir todo lo que tenían en común. Había llegado al extremo de dejar de hablar italiano por completo, a pesar de que se le daba tan bien de niña que lo hablaba con tanta fluidez como el inglés. Y a pesar de los deseos de su padre, que no quería que diera la espalda a su otro idioma.

Amelia apartó la vista del espejo y se giró hacia una de las mujeres que la habían atendido. Después, abrió su flamante bolso y sacó una tarjeta de su también flamante cartera, con intención de pagar. Pero la estilista sacudió la cabeza y dijo:

–El *signor* Moretti ya se ha encargado de eso.

Amelia asintió, salió del local y se volvió a subir a la limusina, donde descubrió una pequeña bandeja con un café y unas pastas.

–He pensado que necesitaría un poco de azúcar –declaró el chófer, guiñándole un ojo por el retrovisor.

Ella sonrió y se llevó una pastita a la boca, pensando que eso era lo más normal que había hecho en todo el día. Y, aunque tenía el estómago revuelto, se alegró de haber comido algo cuando el coche avanzó por las calles de Londres en dirección norte.

La mañana había estado tan llena de cosas que no había tenido tiempo de preguntarse cuándo volvería a ver a su prometido; pero ahora, con su nuevo aspecto de Cenicienta y ya de camino al aeropuerto, supo que no faltaría mucho. Y, de repente, la ansiedad que había estado refrenando a duras penas la dominó por completo.

Estaba a punto de subirse a un avión y dirigirse a Italia. A punto de llegar al hogar de la familia de su madre, de sus abuelos. A punto de recuperar los vínculos con su lado italiano o, por lo menos, de hacer las paces con ellos durante el tiempo que durara su matrimonio.

Al cabo de un rato, distinguió a lo lejos la inconfundible silueta de la terminal. Pero, en lugar de dirigirse a la entrada principal, el conductor giró a la derecha, se detuvo en un puesto de control y enseñó una tarjeta a los dos guardias que estaban allí. Los hombres inspeccionaron el documento, asintieron y los dejaron pasar.

Instantes después, la limusina se detuvo frente a un edificio de paredes de cristal; y antes de que ella tuviera tiempo de quitarse el cinturón de seguridad, un educado empleado del aeropuerto abrió la portezuela y dijo:

–Buenas tardes, *signorina* Rossi. El *signor* Moretti la está esperando en el avión. Si tiene la amabilidad de acompañarme, me encargaré de que pase los controles tan rápidamente como sea posible.

El hombre fue tan eficaz al respecto que, pocos minutos más tarde, Amelia se encontró en una furgoneta negra que la llevó hasta el avión privado de su prometido, en cuyo lateral se leía, con letras negras: MORETTI.

El corazón se le encogió al verlo. En parte, porque nunca había estado en un avión, y mucho menos en un avión privado; y, en parte, porque el simple hecho de que su prometido tuviera uno demostraba lo poderoso que era.

La furgoneta se detuvo delante de la escalerilla, que ella subió con rapidez. Y antes de que pudiera echar un vistazo al lujoso interior del aparato, se le acercó una bella y uniformada mujer y le ofreció una copa de champán con una sonrisa en los labios.

—Nos alegramos de tenerla a bordo, *signorina* Rossi. Es un verdadero placer —dijo—. El *signor* Moretti está hablando por teléfono, pero me ha pedido que la atienda y que le diga que estará con usted tan pronto como pueda. Por favor, permítame que la acompañe a su asiento.

Amelia solo pudo parpadear. La cabeza le daba vueltas, y tenía la sensación de estar en el centro de un tornado.

Asintió y se aferró a la copa de champán como si fuera un salvavidas mientras la elegante azafata le abría camino por lo que solo podía describirse como una especie de lujoso ático volador. Los anchos sillones de cuero estaban colocados como los muebles de un salón y, aunque detrás había un mamparo que ocultaba el resto del aparato, imaginó que el avión continuaba así, como una gigantesca y palaciega casa en el cielo.

—Es increíble, ¿verdad? —dijo la azafata.

Amelia asintió, y la mujer sonrió.

—Siéntese, por favor. Le serviremos un almuerzo cuando alcancemos la velocidad de crucero.

Amelia se sentó en uno de los sillones y dejó su bolso al lado.

—Gracias.

Aquello le parecía surrealista. Hasta unas horas antes, solo era una camarera en una cafetería; y ahora estaba en un avión de lujo con su prometido, a punto de despegar hacia Italia.

Justo entonces, se acordó de que tenía un trabajo y de que había personas que contaban con ella. Rápidamente, sacó el teléfono móvil y envió un mensaje a su jefe para informarle de que se iba a tomar unos días de descanso. Le disgustaba la idea de dejarlo en la estacada, y se sintió enormemente culpable por ello; pero no podía hacer otra cosa.

Sin embargo, no tuvo que avisar a nadie más. Ya había dejado una nota a sus compañeras de piso, las únicas personas con las que se relacionaba. No tenía amigos. No había nadie que se preocupara por ella.

Los motores del avión empezaron a rugir instantes después, y Amelia se recostó en su asiento, giró la cabeza hacia la ventanilla y clavó la vista en la lejana ciudad. Una sonrisa nostálgica apareció en

sus labios, pero no duró demasiado, porque el aparato ganó velocidad y, al hacerlo, sintió una punzada de pánico. A fin de cuentas, era la primera vez que volaba.

Un minuto después, el avión se elevó tan bruscamente que la dejó sin aliento. Amelia estaba tan nerviosa que se puso a dar sorbitos de la copa de champán hasta dejarla vacía, aunque eso no la calmó. Hasta sintió el extraño deseo de que Massimiliano estuviera allí, con ella; no porque necesitara verlo, sino porque era un hombre de mundo que viajaba con frecuencia, y la habría podido tranquilizar.

En lugar de eso, tuvo que afrontar sola la primera de sus nuevas aventuras. Sin embargo, era lo que había aceptado, y no tenía más remedio que mantener el aplomo y esperar lo mejor. Desgraciadamente, estaba tan acostumbrada a que la vida se portara mal con ella que no se llevaba bien con la esperanza.

Capítulo 4

Casi habían pasado dos horas cuando Massimiliano apareció por la parte trasera del avión y se dirigió a grandes zancadas hacia ella, vestido con unos pantalones de traje y una camisa que llevaba remangada, dejando al descubierto sus bronceados brazos.

Amelia había estado con él aquella mañana, cuando había insistido tranquilamente en que su relación matrimonial incluyera el sexo; pero, a pesar de ello, se llevó una sorpresa al verlo otra vez. Era tan fuerte y tan increíblemente guapo que parecía un dios.

Para entonces, ya había dado buena cuenta de la comida que le habían servido: unas gambas al ajillo con un plato de arroz, una tarta de queso y vino blanco para acompañar. Ahora se estaba tomando una taza de té, que descansaba en el reposabrazos del sillón.

Massimiliano se sentó enfrente de ella, sin molestarse en disimular su mirada de admiración. Aunque, por otro lado, no tenía por qué disimular nada: le había hecho una oferta, y ella la había aceptado. Había convertido a una agotada y empobrecida camarera en una elegante mujer que parecía acostumbrada a viajar en aviones privados.

–Estás muy atractiva –dijo él.

Ella tomó otro sorbito de té, preguntándose si habría sido sincero.

–Ya debemos de estar a punto de llegar –comentó ella.

–En efecto. ¿Te han tratado bien?

–Me han abarrotado de comida. Tu azafata es encantadora.

–Me alegra saberlo.

–Y menudo avión que tienes...

Él echó un vistazo a su alrededor.

–Sí, no está nada mal.

–Es enorme.

–Es necesario –puntualizó él.

Amelia estuvo a punto de preguntar por qué era necesario, pero él cambió súbitamente de conversación.

–Cuando llegemos a Roma, te llevarán al hotel donde te alojarás durante la próxima semana –le informó.

Ella se maldijo para sus adentros. ¿Iba a tener que obedecer todas sus órdenes? ¿Habría renunciado sin saberlo a su libertad?

–No recuerdo que habláramos de un hotel.

Él entrecerró los ojos.

–¿Tienes una idea mejor?

Amelia comprendió entonces que no había más alternativa que alojarse con él y, aunque habían acordado que se acostarían la noche de bodas, la idea la estremeció.

–No –admitió.

Massimiliano asintió.

–Tus abuelos están ansiosos por verte. Cenaremos con ellos esta noche.

–Espera un momento –dijo ella, aterrada–. ¿Les has contado esto?

–Por supuesto que se lo he contado. ¿O ya no recuerdas por qué nos vamos a casar?

Ella guardó silencio.

–En fin, esta noche cenaremos con tus abuelos y mañana, con el mío.

–¿Y la boda?

–Dentro de una semana.

Amelia se quedó boquiabierta.

–Tendré la licencia matrimonial dentro de poco. La ceremonia será íntima... solo asistirán tus abuelos y el mío, salvo que tú quieras invitar a alguien.

Ella sacudió la cabeza. Aunque hubiera tenido amigos, no los habría invitado a semejante farsa.

–¿No necesitabas que todo el mundo se entere de nuestro matrimonio?

–Se enterarán. Mi equipo de relaciones públicas ya se está encargando de ese asunto.

–¿Qué quieres decir con eso de que ya se están encargando?

–Que emitirán un comunicado de prensa, responderán a las preguntas de los medios y organizarán los actos y entrevistas que sean necesarios. La semana que viene, el mundo entero sabrá que la *contessina* Rossi ha regresado a Italia y se ha casado con un Moretti.

Amelia parpadeó, intentando controlar su nerviosismo. Pero le duró durante el resto del viaje.

Amelia no debería haberse sorprendido al ver la lujosa *suite* del hotel, pero la sorprendió de todas formas porque solo habían pasado unas horas desde que había ido a verlo a su casa y la habían convertido en una mujer nueva.

Además, eso no era lo único que la desconcertaba. Roma la había dejado atónita, y no solo por su belleza, que la incitaba a salir del hotel y caminar por sus calles, sino porque era la ciudad de su madre, de sus abuelos y de todos sus antepasados. Quería respirar su aire y ver si se sentía como en casa, como le pasaba cuando paseaba por las orillas del Támesis o viajaba en el metro de Londres.

Se cambió de ropa rápidamente y se puso unos pantalones de vestir y una blusa de seda. Tenía docenas de zapatos, que en su gran mayoría eran de tacón alto; pero eligió unos más normales, de cuero, que resultaron ser increíblemente cómodos. Hasta eso demostraba que su vida había cambiado por completo. Hasta el día anterior, había sido tan pobre que ni siquiera se podía permitir el lujo de comprarse zapatos de piel.

Tras hacer un esfuerzo, se sacó a su prometido y a sus abuelos de la cabeza y alcanzó su nuevo bolso de diseñador. Luego, abandonó la *suite* y salió del hotel, decidida a explorar aquella maravillosa ciudad.

Massimiliano había tenido que fingirse feliz para informar a los abuelos de Amelia de que habían tenido un flechazo y no soportaban la idea de vivir separados. Sin embargo, no tuvo que fingir felicidad cuando habló con su abuelo, porque se puso tan contento que todo su plan cobró sentido al instante.

Cuando entró en el ascensor para dirigirse a la *suite* de Amelia estaba profundamente satisfecho. Hasta la condición de acostarse con ella le parecía un inconveniente menor. Habría preferido no complicar su relación, pero estaba acostumbrado a impedir que el sexo complicara las cosas. Y, además, tenía el convencimiento de que su prometida había sido sincera al afirmar que solo quería una noche de amor.

Al llegar a la puerta de la *suite*, pulsó el timbre. Llevaba una cajita en el bolsillo, una cajita con un anillo que no le habría podido comprar en Londres, porque pertenecía a su familia y había estado en su caja fuerte de Roma hasta ese mismo día. Ahora, solo tenía que regalárselo, responder a las preguntas que le pudiera hacer y marcharse con ella a cenar.

Todo iba a pedir de boca.

Pero su felicidad estalló por los aires cuando Amelia abrió la puerta. Lejos de estar preparada para salir, llevaba el pelo suelto, lucía una bata del hotel y daba la impresión de haber sufrido algún tipo de accidente. Tenía una mejilla enrojecida y un arañazo debajo de un ojo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, entrando en la *suite* sin esperar invitación—. ¿Es que te has caído?

Ella sacudió la cabeza, se tocó el arañazo y se estremeció.

—Anda, siéntate.

Massimiliano la llevó a un sillón y se acomodó junto a ella, haciendo un esfuerzo por no admirar sus preciosas piernas.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió.

—Me han robado.

—¿Cómo?

—Lo siento muchísimo —dijo, derramando una solitaria lágrima—. Querían mi bolso, pero yo no se lo he querido dar. Me lo has regalado tú, y nunca había tenido nada tan bonito. Ha sido una

verdadera estupidez por mi parte. Mi padre siempre decía que no me arriesgara con esas cosas, que les diera lo que quisieran, porque solo son objetos. Pero me he enfadado mucho, y cuando han visto que no se lo iba a dar, me han...

–Te han pegado, claro –la interrumpió.

Indignado, se levantó, se acercó al minibar y, al ver que no había lo que estaba buscando, llamó a recepción y pidió que le subieran una cubitera con hielo.

–¿Has llamado a la policía?

–Iba a llamar, pero una dependienta me ha dicho que no serviría de nada. Todo ha pasado tan deprisa que ni siquiera les podría dar una descripción de los ladrones.

–Pues esa dependienta se ha equivocado.

Massimiliano decidió que hablaría más tarde con su equipo de seguridad y pondría el asunto en sus manos.

–Me siento tan ultrajada como estúpida. No estaba prestando atención. Paseaba sin más, perdida en mis propios pensamientos.

–No ha sido culpa tuya.

–Pero el bolso...

Él soltó una maldición y dijo:

–Olvídate del maldito bolso. Te compraré otro, Amelia.

–No es necesario. Me has comprado cuatro.

–Me alegro. Y si te cruzas con más ladrones y los quieren todos, haz el favor de dárselos.

En ese momento, llamaron a la puerta. Era uno de los empleados del hotel, que le llevaba la cubitera que había pedido. Massimiliano le dio las gracias, se dirigió a la cocina americana, puso un poco de hielo en un paño y se lo dio a Amelia.

–Póntelo en la herida. Llamaré a tus abuelos y dejaré la cena para otro día.

–No, no –dijo ella, clavando en Massimiliano sus preciosos ojos azules–. Los quiero conocer. Solo necesito unos minutos.

–No puedes salir así.

–También me has comprado un kit de maquillaje profesional. Estoy segura de que habrá algo capaz de disimular esto.

–Y yo estoy seguro de que habrá fotógrafos en ese restaurante. Es un lugar muy conocido, y también lo son tus abuelos.

–Lo sé. Pero me las arreglaré.

–No estás en condiciones de cenar con nadie.

–Puede que no, pero es posible que la distracción de conocer a mis abuelos me haga bien –comentó.

–Amelia...

–Estoy bien –insistió ella–. Solo necesito diez minutos.

Amelia se levantó y se alejó de él. Tenía un aspecto tan vulnerable que despertó el instinto protector de Massimiliano.

Ya solo, mandó un mensaje a su asistente, que se llamaba Tania, y le pidió que dijera a los abuelos de Amelia que se iban a retrasar un poco y que se pusiera en contacto con su equipo de seguridad, para que supieran que los llamaría por la noche.

Después, se limitó a esperar. Pero la dañada cara de Amelia apareció una y otra vez en su mente; y supo que, en cierta forma, lo sucedido había sido culpa suya.

Fiel a su palabra, Amelia salió nueve minutos después del cuarto de baño, que era más grande que su piso de Londres. Se había hecho un elegante moño y se había puesto una falda de seda y un top negro de tiras que se cerraban alrededor de su cuello, enfatizándolo. En cuanto al calzado, había elegido unos zapatos negros de tacón alto, para acercarse un poco a la altura de Massimiliano.

El maquillaje le había llevado más tiempo; pero, afortunadamente, el kit de maquillaje era magnífico. Había de todo, así que disimuló el rasguño y el enrojecimiento y, a continuación, suavizó el efecto general por el procedimiento de pintarse los labios y ponerse rímel.

Cuando se miró al espejo, se quedó satisfecha con el resultado; pero su satisfacción fue mucho mayor instantes después, al ver la mirada de admiración que le dedicó su prometido, que se quedó atónito.

–Estás casi perfecta –dijo, avanzando hacia ella sin quitarle la vista de encima.

–¿Casi? Te advierto que no puedo hacer más por mejorar mi aspecto.

–Tú, no. Pero yo sí.

Ella frunció el ceño.

–¿Cómo?

–Esto es para ti, para que te lo pongas.

Massimiliano sacó la cajita, la abrió y le puso el impresionante anillo que contenía, cuyo diamante era tan grande como la uña de su pulgar.

–Se lo conoce como el diamante Moretti, y lleva varias generaciones en mi familia –le informó.

–No puedo llevar esto... –dijo ella, asombrada.

–Debes llevarlo.

Amelia sacudió la cabeza.

–No, no después de lo de hoy. ¿Qué pasaría si alguien me lo roba?

–Créeme... Me aseguraré de que no te vuelvan a robar.

Ella se estremeció al captar la fría determinación de su tono de voz.

–Nadie te volverá a tocar contra tu voluntad. Te lo prometo.

Amelia le creyó, y se sintió extrañamente a salvo.

–Es bellissimo, y parece muy antiguo. Debe de costar mucho dinero.

–Es irreemplazable.

Ella lo volvió a mirar un momento, se lo quitó del dedo y se lo devolvió.

–No, necesito otra cosa. Una copia, quizá. No quiero estar dos años en permanente estado de pánico, preocupada por la posibilidad de perder algo tan valioso.

–Es especial, sí, pero solo es un anillo –alegó él.

–Ni es solo eso para mí ni lo es para tu familia –replicó ella–. Guárdalo y regálaselo a una persona de la que estés realmente enamorado, a la siguiente mujer con quien te cases.

–Te aseguro que tú vas a ser mi única esposa. Pero, si estás decidida a no llevarlo, me encargaré de que hagan uno para ti, exclusivamente.

Ella soltó un suspiro de alivio.

–Sin embargo, ¿podrías ponértelo esta noche, como excepción? – continuó él–. Estaré a tu lado todo el tiempo.

Amelia se lo quiso discutir, pero comprendió que tenía buenos motivos para pedirselo. Si los periodistas le sacaban fotos llevando el diamante de los Moretti, todo el mundo sabría que su relación iba en serio.

–Está bien. Me lo pondré hasta que me regales uno más barato – respondió en voz baja–. Pero solo cuando tú estés cerca.

Capítulo 5

Durante el trayecto por las calles de Roma, Massimiliano no hizo otra cosa que interrogarla sobre el atraco que había sufrido, y ella se dedicó a revivir mentalmente esos terribles minutos mientras admiraba las impresionantes vistas de la ciudad.

A fin de cuentas, disfrutar de la belleza de la capital italiana era preferible a concentrarse en el hombre con el que se iba a casar; un hombre de pecho ancho, voz profunda y atractivo y anguloso rostro. Un hombre que la miraba con ojos de color azabache y una intensidad que le empezaba a resultar familiar.

No era extraño que se sintiera incómoda cuando estaba con Massimiliano. Era objetivamente impresionante, y ella carecía de experiencia. No estaba preparada para tener una relación con él, y mucho menos para ser su esposa.

–Háblame de mis abuelos –dijo ella cuando terminó de interrogarla.

–¿Qué quieres saber?

–Cualquier cosa.

–Hace mucho que no los veo.

–¿No dijiste que tu abuelo era amigo del mío?

–Lo fue, sí. Pero también fue una de las personas a las que estafó mi padre, y nos dio la espalda como todo el mundo.

–Oh, vaya. Entonces, no estarán precisamente encantados con nuestra boda.

–Al contrario. Están felices de que hayas vuelto a Italia. Y sospecho que me lo agradecen, porque a fin de cuentas soy yo quien te ha traído.

Ella se llevó una mano al estómago, repentinamente nerviosa.

–Esto es una locura...

–¿A qué te refieres?

–A esto, a estar aquí, contigo. Esta no es mi vida.

–Tu vida no tiene nada por lo que valga la pena luchar.

Amelia le dedicó una mirada cargada de frustración. Sabía que estaba en lo cierto, porque no tenía ni amigos ni dinero ni perspectivas de mejora de ninguna clase; pero su comentario le disgustó de todas formas.

–¿Podrías hacer el favor de no hacer eso?

–¿De no hacer qué?

–Despreciar mi vida desde la altura de tu riqueza.

–Amelia, no te estoy juzgando. Tú no tienes la culpa de llevar esa vida.

–¿Qué estás insinuando? ¿Que la culpa fue de mi padre? –dijo ella, indignada–. ¿Cómo te atreves a decir eso?

Massimiliano se volvió hacia ella, llevó una mano a su barbilla y la giró hacia él, sorprendiéndola.

–Me refería a tu madre y tus abuelos, que tenían los medios para ayudarte y no te ayudaron. Pero sí, hasta tu padre, que descanse en paz, podría haber hecho algo más.

–¿Cómo, si no tenía dinero?

–Te podría haber traído a Italia, Amelia. Te podría haber dado una vida mejor. Eres una *contessina*, y una Rossi.

–Oh, vamos –dijo ella–. Mírame bien. No soy ni lo uno ni lo otro.

–Pues a mí me lo pareces.

–Por la ropa y el maquillaje que llevo, porque me has convertido en otra mujer –afirmó ella, llevándose una mano al pecho.

Massimiliano siguió su movimiento con la mirada y, al ver que admiraba sus senos, Amelia lo deseó tanto que tuvo que cerrar los ojos para refrenarse. Y, cuando los volvió a abrir, él había regresado a su posición original, mirando hacia delante.

–Tu abuela se llama Nicoletta y tu abuelo, Gianni. Lo digo por si no lo recuerdas. Viven en una propiedad que está a las afueras de Roma. Creo que Gianni se crio en ella. Coleccionan arte y antigüedades, aunque tengo entendido que han vendido bastantes obras.

–¿Llegaste a conocer a mi madre?

Él la miró de forma extraña.

–Sí.

A Amelia se le encogió el corazón.

–¿Insinúas que... ?

–No, ni mucho menos –contestó él, adivinando lo que quería decir–. Para empezar, me saca bastantes años; por lo menos, diez. Sin embargo, la he visto en cenas, fiestas, ese tipo de actos.

Amelia deseó preguntarle una cosa: cómo era. Pero optó por guardar silencio; en gran parte, porque le incomodaba estar con un hombre que sabía más de su madre que ella misma.

–Oh, Dios mío.

La alta y esbelta Nicoletta Rossi, que debía de tener sesenta y tantos años, se giró hacia la joven pareja cuando entraron en el restaurante. Era de la misma complexión que Amelia, y tenía el mismo tono de rubio, lo cual le sorprendió. Siempre había creído que su abuela sería morena, como su madre; pero, por lo visto, Aria había salido a su padre, un hombre de canoso cabello negro que parecía tener la edad de su esposa.

–Amelia... –dijo su abuelo, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creerlo.

Amelia se puso nerviosa al instante, y Massimiliano la tomó de la mano y le susurró al oído, con intención de tranquilizarla:

–No te preocupes, que esto durará poco. Pero recuerda que debemos parecer enamorados.

–Hola, Massimiliano –lo saludó Gianni–. Has crecido mucho desde la última vez que nos vimos.

Amelia notó la súbita tensión de su prometido.

–Han pasado dieciséis años desde entonces.

–Sí, ya lo sé –dijo el abuelo de Amelia, quien se giró inmediatamente hacia ella–. Es increíble lo mucho que te pareces a tu madre y a tu abuela.

El hombre intentó abrazarla, pero Amelia se limitó a estrecharle la mano. Aún no estaba preparada para ser afectuosa con ellos.

–Ah, el anillo de los Moretti. Así que es cierto...

Amelia asintió.

–Por supuesto que lo es. Nos vamos a casar.

–Ah, mi querida niña –intervino Nicoletta, con los ojos llenos de lágrimas–. No tienes ni idea de cuánto he soñado con este momento.

Amelia pensó que, por mucho que lo hubiera soñado, no había hecho nada por conocerla; pero se calló lo que pensaba y le estrechó la mano, igual que a su esposo. No era el cálido encuentro que sus abuelos esperaban, pero al menos estaba allí. Y, por suerte, en compañía de Massimiliano, porque no habría podido sobrevivir a aquella velada si él no hubiera estado presente.

La cena fue más relajada de lo que Amelia había imaginado, aunque con un pequeño detalle que hizo que se sintiera fuera de lugar: que Massimiliano y sus abuelos estuvieron hablando sobre las cosas que tenían en común, desde sus inversiones hasta sus obras de arte.

A pesar de ello, no se tranquilizó del todo hasta que les sirvieron el café y supo que la velada estaba a punto de terminar. Y, entonces, Nicoletta dijo algo que la volvió a desequilibrar:

–Bueno, habladnos de la boda. No nos habéis dicho nada.

–Nos casaremos el sábado por la mañana –le informó Massimiliano–. Espero que podáis asistir.

–No nos lo perderíamos por nada del mundo. Nunca habríamos imaginado que...

Nicoletta dejó la frase sin terminar y cerró los ojos durante unos segundos, claramente emocionada.

–No, no nos lo perderíamos por nada –acertó a repetir.

–¿Queréis que os enviemos una lista de invitados? –preguntó Gianni–. Sé de unos cuantos amigos nuestros que...

–No –lo interrumpió Massimiliano–. Solo estaremos los cinco.

–¿Los cinco?

–Mi abuelo también asistirá.

Gianni palideció.

–Comprendo.

Amelia miró a su futuro esposo y, al ver el destello que había en sus ojos, supo que ella no era la única que estaba atrapada en un huracán de emociones tumultuosas. Y en un intento de animarlo y de fingirse enamorada de él, le puso una mano en la pierna; pero el contacto de su cuerpo provocó un incendio en su interior y, cuando Massimiliano se giró hacia ella, Amelia entreabrió los labios, invitándolo a besarla.

Y Massimiliano aceptó la invitación.

Y, en ese momento, su mundo se estremeció.

No fue un beso largo. De hecho, fue bastante breve y, desde luego, Amelia pensó que solo la estaba besando para que sus abuelos los creyeran enamorados. Pero la excitó de tal manera que tardó un rato en poder apartar la vista de sus ojos.

–Bueno, enviadnos los detalles –musitó Nicoletta, rompiendo la magia.

–Mi asistente se pondrá en contacto con vosotros. Y, por supuesto, enviaré un coche a recogeros.

–No es necesario.

–Es nuestra boda. Permitid que me encargue yo de esas cosas.

Gianni asintió, comprendiendo que discutir con él no serviría de nada.

–Está bien.

Tras las despedidas de rigor, Amelia y Massimiliano regresaron a la limusina, donde ella soltó un largo suspiro de alivio.

–¿Ha sido tan terrible como pensabas? –preguntó él.

–En unos sentidos, mejor; en otros, peor.

–Me lo imagino.

–No te caen bien, ¿verdad?

–¿Por qué dices eso?

–Porque tengo ojos y oídos.

Él soltó algo parecido a una carcajada.

–Reconozco que no aprecio a ese tipo de personas. Pero es algo general, no limitado a ellos.

–¿Seguro? Eran personas a las que querías, y te dejaron en la estacada.

–No eran amigos míos, sino de mi abuelo.

–Pero te debió de doler de todos modos.

–Todas las personas a las que yo quería nos dieron la espalda. Jamás habría creído que fueran capaces de hacer algo así. De la noche a la mañana, el apellido Moretti se transformó en un chiste. Y lo seguiría siendo si yo no fuera un hombre poderoso.

–Y ahora me tienes a mí, además.

–En efecto –admitió él–. Y todo el mundo lo sabrá pronto.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. Comprendía perfectamente que Massimiliano estuviera dolido por lo sucedido, pero no le agradaba la idea de casarse entre tantos sentimientos de rencor y amargura.

Tras unos instantes de silencio, Amelia clavó en él sus grandes y pálidos ojos azules y formuló una pregunta que él también se había formulado varias veces:

–¿Por qué me has besado?

A decir verdad, ni él mismo lo sabía. Solo sabía que, al ver sus labios entreabiertos y distinguir un atisbo de sus magulladuras, había sido incapaz de controlarse. Pero, evidentemente, no le dijo la verdad.

–Tenemos que parecer enamorados, ¿recuerdas?

La mirada de Amelia se volvió más sombría, y Massimiliano se dio cuenta de que la había decepcionado con su comentario.

–¿Te sigue doliendo? –le preguntó, cambiando de conversación.

–Sí, pero sobreviviré –respondió ella con frialdad.

Él asintió.

–Mi equipo de seguridad te enviará un guardaespaldas.

–¿Para qué? –dijo, sorprendida.

–Para que te acompañe cuando salgas del hotel.

–No, no, eso es una tontería. No necesito un guardaespaldas.

–Yo pensaba lo mismo, pero los hechos demuestran lo contrario.

–Ha sido mala suerte, nada más. Me metí por donde no debía, y como no estaba prestando atención...

–Quizá, pero no quiero que se vuelva a repetir. O te acompaño yo o te acompaña otra persona.

–No creo que quiera tener guardaespaldas.

–Pues no veo por qué. Es de lo más normal.

–Lo será para ti, pero no para mí.

Él suspiró.

–Amelia, o vas con un guardaespaldas o te vienes a vivir conmigo inmediatamente. La decisión es tuya.

–¿Qué decisión? Eso es un ultimátum.

–Es simple sentido común.

–No, es dictatorial y arrogante. ¿Quién te crees que eres para... ?

–Tu prometido –la interrumpió él, acariciándole súbitamente la mano.

–Prometido, en teoría –puntualizó ella.

–En la práctica –dijo él–. Y nos vamos a casar muy pronto, lo cual te convierte en un objetivo valioso. Es fácil de comprender.

–Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

–Puede que sí, pero no es necesario que te cuides sola.

–No quiero renunciar a mi libertad personal.

–No seas tan dramática, Amelia. Estamos hablando de guardaespaldas altamente profesionales. Ni siquiera notarás su presencia.

–Lo sé, pero...

–¿Por qué te opones a eso?

–Porque no le veo el sentido.

–¿Después de lo que te ha pasado hoy? No estás siendo nada razonable.

–Ni tú estás siendo comprensivo.

–¿Cómo que no? Intento mantenerte a salvo.

–Pues no parece que te apliques tú tus propios consejos. No veo que te sigan guardaespaldas a todas partes.

–Te aseguro que tengo protocolos de seguridad –dijo él, irritado–. Además, yo soy muy difícil de atacar. No soy como tú. Eres frágil, y cualquier desalmado te podría secuestrar con suma facilidad. ¿Es que no lo comprendes?

–No permitiré que me raptan –insistió ella, obstinada.

–Por Dios, Amelia. ¿Por qué eres tan...?

–¿Tan qué, Massimiliano?

Él se preguntó cómo podía responder a eso. Y mientras intentaba encontrar la respuesta, su cuerpo tomó el control de la situación: se inclinó sobre ella, le alzó la barbilla con una mano y, acto seguido, cuando ya la tenía en la posición adecuada, asaltó su boca.

Pero, esta vez, no fue un beso leve. Desató un incendio incontrolable.

Capítulo 6

No era la primera vez que alguien la besaba. Sin embargo, Amelia no tardó ni un segundo en darse cuenta de que nadie la había besado de ese modo.

Los labios de Massimiliano eran dominantes, expertos; la presionaron hasta que ella se rindió, abrió la boca y permitió que le metiera la lengua y se batiera en duelo con la suya. Y mientras se besaban, los movimientos de sus cuerpos los acercaron de tal modo que Amelia ni siquiera supo cuándo se había empezado a apretar contra él como si su vida dependiera de eso. Solo supo que sus manos eran tan maravillosas como su boca.

Aquello era lo mejor que había vivido en toda su vida.

Pero no duró tanto como le habría gustado.

–Tendrás un equipo de guardaespaldas o te mudarás a mi casa ahora mismo –dijo él apartándose–. ¿Qué decides, *cara*?

Ella bajó la vista, miró el anillo un momento y llegó a una conclusión que habría sido perfectamente obvia si no se hubiera obcecado con el asunto. Tener guardaespaldas era una precaución razonable y, por lo demás, normal en el mundo de Massimiliano.

–Está bien. Aceptaré un equipo de seguridad.

–Una decisión muy sabia –dijo él–. Y ahora, permíteme que te lleve a la cama.

Los ojos de Amelia brillaron brevemente, porque tenía la esperanza de que su beso anterior acabara en algo aún más intenso. Pero era una esperanza injustificada, como se demostró cuando se bajaron del coche y la acompañó hasta la puerta de la *suite*. Volvía a ser un hombre frío y distante, que la trataba como si fueran prácticamente desconocidos.

–Si crees que no puedes venir, envíame un mensaje y cambiaré el día.

Ella frunció el ceño.

–¿Por qué crees que no podré ir?

Él le acarició la mejilla.

–Porque existe la posibilidad de que te encuentres peor.

–No te preocupes por eso. Estaré bien –le prometió.

–¿Duele mucho?

Amelia asintió.

–¿Necesitas algo?

Ella sonrió con ironía.

–No me digas que tienes que preguntarlo...

Massimiliano la miró con sorpresa y, tras apartar la mano de su cara, retrocedió.

–Una noche, Amelia. Será solo una noche. Y no será hoy.

Ella tragó saliva, decepcionada.

–Hasta mañana –dijo.

Después, abrió la puerta y se quedó parada un instante, esperando que cambiara de opinión y la besara de nuevo. Pero no la besó, y tuvo que esperar hasta quedarse dormida para estar otra vez entre sus brazos. En sus sueños.

Aquel beso había sido un tremendo error. Peor que el beso que le había dado en el restaurante, porque había demostrado que eran físicamente compatibles. De hecho, su cuerpo se había iluminado por dentro como un árbol de Navidad, respondiendo inmediatamente a la curiosidad, el calor y la intuición de su prometida.

Si hubiera sido otra mujer, no se habría detenido. La habría puesto a horcajadas sobre él y la habría tomado de inmediato, allí mismo, sin preocuparse por la posibilidad de que la gente que pasara oyera sus gemidos de placer.

Sin embargo, no era otra mujer. Era Amelia.

Una jovencita sin experiencia, que se había quedado sin fuerzas con un simple beso. Pero una jovencita tan asombrosamente sensual

que le costaba creer que fuera virgen. Sus deseos eran tan intensos como sus necesidades.

Massimiliano se preguntó cómo era posible que la curiosidad no la hubiera llevado a acostarse con nadie. Sabía que había estado cuidando de su padre, pero no podía creer que hubiera dejado pasar su adolescencia sin rendirse una sola vez a sus hormonas. Era muy bella, y estaba seguro de que los chicos habrían hecho cola con tal de estar con ella.

En cualquier caso, eso carecía de importancia. Su tarea no consistía en ser su psicólogo. Se había comprometido a iniciarla en el mundo del sexo, nada más.

De repente, se sintió extrañamente orgulloso por tener la posibilidad de ser su primer hombre. Y también se sintió agradecido, porque estaba decidido a lograr que fuera una experiencia maravillosa para ella. La llevaría al límite una y otra vez, hasta que no pudiera soportarlo más. Si solo iban a estar juntos una noche, sería una noche excepcional.

La cara de Amelia estaba peor a la noche siguiente, hasta el punto de que tuvo que meterse en Internet para buscar formas de disimular las magulladuras. Y cuando consiguió la información que necesitaba, se puso manos a la obra y se maquilló con la destreza de una profesional.

Nunca le había gustado mucho el maquillaje. No era como las compañeras que había tenido en el instituto, que siempre se estaban poniendo pestañas postizas y cosas así. Prefería un aspecto más natural, y no solía ir más allá de retocarse un poco.

Sin embargo, no iba a ser ella misma durante los dos años siguientes. Ya había empezado a ser Amelia Rossi, y estaba a punto de convertirse en Amelia Moretti. Tendría que ser la mujer que todo el mundo esperaba: una persona elegante y con glamur.

Tras maquillarse, se puso una vibrante camisa azul que enfatizaba el color de sus ojos y la combinó con unos pantalones de vestir. Había tomado la decisión de dejarse el pelo suelto, y se alegró de haber estado atenta a lo que hacía la estilista de Londres, porque la

pudo imitar. Llevar el pelo de esa manera tenía la ventaja añadida de que le taparía parte de la cara y desviaría la atención de la gente, impidiendo quizá que se fijara en sus moratones.

Terminó cuando aún faltaban varios minutos para que Massimiliano apareciera; y, durante ese tiempo, se empezó a poner nerviosa y a preguntarse por lo sucedido la noche anterior. ¿Por qué la había besado una segunda vez? La primera había sido lógica, teniendo en cuenta que se trataba de engañar a sus abuelos; pero ni el beso de la limusina pretendía engañar a nadie ni había sido precisamente inocente.

Ya se había puesto a caminar de un lado a otro cuando llamaron a la puerta. Su pulso se aceleró al instante, y se quedó sin aliento al ver al hombre que había llamado. Llevaba una camisa azul y un traje de color gris oscuro, y estaba para comérselo.

Amelia se ruborizó, sintiendo una súbita debilidad en las piernas.

—Hola —dijo ella.

Massimiliano la miró de arriba a abajo y frunció el ceño al fijarse en su cara.

—¿Cómo estás?

Ella se encogió de hombros.

—Bien. Tiene peor aspecto, pero no me duele tanto, aunque me costó dormir. Cada vez que me daba la vuelta, me despertaba —respondió—. ¿Quieres entrar?

—No —dijo él, más deprisa de la cuenta—. Nos tenemos que ir. ¿Estás preparada?

—Solo necesito mi bolso. No tardaré.

—Y el anillo —le recordó.

—¿Estás seguro de eso?

—Hasta que te regale otro, absolutamente.

Ella se mordió el labio inferior, porque no quería llevar un objeto tan valioso. Sin embargo, regresó al interior de la *suite*, alcanzó el bolso, se puso el anillo y salió de la *suite*.

—Bueno, vámonos —dijo.

El interior del ascensor fue una tortura para ella. Estaba tan cerca de él, y el espacio era tan pequeño, que fue terriblemente consciente del cuerpo de Massimiliano. Habría dado cualquier cosa a

cambio de que la besara, pero no la besó. Y cuando llegaron abajo, se limitó a cruzar con ella el vestíbulo y llevarla a la limusina.

Amelia se sentó en el vehículo con las manos sobre el regazo, tensa. Conocer a su abuelo era algo importante; pero, en ese momento, solo podía pensar en el hombre que estaba a su lado. Hasta llegó a desear que el coche se estropeará. Lo que fuera con tal de que se quedaran allí, en el pequeño habitáculo de la limusina. Con tal de que la besara otra vez.

Por supuesto, no tuvo tanta suerte. El vehículo estaba en perfecto estado, y avanzaba silenciosamente por las calles de Roma. Amelia no conocía la capital italiana, pero no necesitaba conocerla para distinguir la extracción social de los distintos barrios, y se dio cuenta de que cada vez había más coches baratos a su alrededor y más edificios llenos de pintadas.

Por fin, la limusina se detuvo enfrente de una humilde y bonita *trattoria*, con toldos de rayas verdes y blancas y mesas para dos en la terraza.

—¿Qué sitio es este? —preguntó ella.

—¿Es que no te gusta?

—¿Bromeas? Me recuerda un poco a mi cafetería.

Él soltó una carcajada.

—¿En qué sentido?

—En que tiene un aspecto acogedor, sin ínfulas.

—Y también tiene la mejor comida de toda la ciudad, en mi opinión.

Amelia se giró hacia él, y se arrepintió inmediatamente, porque Massimiliano se volvió hacia su ventanilla en ese momento y sus bocas se quedaron a escasos centímetros de distancia.

Excitada, entreabrió los labios y dijo:

—Massimiliano...

Él alzó una mano y le acarició los labios con un dedo.

—Una noche, Amelia, solo una. Y no será la de hoy.

Antes de que ella pudiera responder, el conductor abrió la portezuela. Massimiliano se bajó del coche, y ella no tuvo más remedio que seguirlo. Pero se volvió a excitar cuando él le pasó un brazo alrededor de la cintura.

–Bueno, ha llegado el momento del espectáculo.

Ella asintió. En efecto, aquello era un espectáculo, una farsa, un simple juego. Solo había un problema: que lo que sentía era real.

–¿Estás preparada?

–Lo estoy.

A continuación, entraron en el local, que resultó ser aún más agradable de lo que había supuesto. Las mesas tenían manteles rojiblancos y velas encendidas; la iluminación era cálida e informal, y había tiestos con plantas por todas partes. Además, el ambiente estaba cargado con la fragancia de las especias y el ajo.

–Es maravilloso –dijo sonriendo.

Massimiliano la miró con aprobación, y ella echó un vistazo a los clientes del establecimiento. Había familias, ancianos y hasta un grupo de chicas jóvenes que se dedicaban a disfrutar de una botella de vino y unas *pizzas*. Se respiraba felicidad; en parte, porque era tan ruidoso como cualquier restaurante mediterráneo, y la gente reía y charlaba con despreocupación.

–¿Hay algo que necesite saber sobre tu abuelo?

–¿Como qué?

–No sé, algo más de lo que ya sé.

Él se detuvo un momento y la miró.

–Es una de las mejores personas que vayas a conocer nunca. Honrado, inteligente y orgulloso. Creo que te caerá bien.

–¿Y cómo está? Quiero decir... ¿se encuentra bien?

–Sí –respondió–. Le detectaron el cáncer en un chequeo de rutina. Hasta ahora, no tiene más síntomas que un extraño cansancio. Ha empezado esta semana con el tratamiento.

Amelia se entristeció al instante. Le habría gustado que su padre pudiera acceder a los tratamientos más modernos, pero el sistema de salud británico tenía sus limitaciones y, por supuesto, ella no había tenido los recursos económicos de Massimiliano.

–¿Preparada?

–Por supuesto.

Él le puso una mano en la parte baja de la espalda y la llevó hacia una de las mesas que estaban al fondo.

Cuando vio al abuelo de Massimiliano, le sorprendió lo mucho que se parecían y el buen aspecto que tenía. Por la edad de su prometido, debía de tener alrededor de setenta años, pero estaba en buena forma. Llevaba un traje de color gris claro y unos lustrosos zapatos marrones.

–Massi –dijo el anciano.

El hombre estrechó la mano de su nieto y, acto seguido, lo abrazó.

–Hola, Nonno –dijo Massimiliano, sonriendo–. Te presento a Amelia Rossi.

Antonio dio un paso adelante y clavó sus inteligentes ojos en ella.

–Vaya, vaya –dijo–. Conocí a tu madre, ¿sabes? Hace mucho tiempo. Y también a tus abuelos.

–Sí, Massimiliano me lo ha comentado.

–Me lo imagino –dijo, sacudiendo la cabeza–. Pero estoy un poco desconcertado. Te pareces más a tu madre de lo que esperaba.

Amelia se estremeció.

–Sí, eso me han dicho –declaró, intentando refrenar su emoción.

–¿Es que no estás de acuerdo?

–No se trata de eso. Es que no la he visto desde hace años.

Antonio se quedó sorprendido, y miró a Massimiliano con desconcierto. Parecía súbitamente avergonzado, como si fuera consciente de haber dicho algo que no debía decir.

–No te preocupes. Tú no lo sabías –dijo ella, poniéndole una mano en el brazo–. Mi madre... nos abandonó a mi padre y a mí cuando yo era una niña. No la he visto desde entonces.

El desconcierto de Antonio fue absoluto.

–¿Nos sentamos? –sugirió Massimiliano.

Antonio se sentó enfrente de Amelia, quien se acomodó a su vez junto a su prometido. Y, al igual que la noche anterior, Massimiliano pasó un brazo por encima del respaldo de su silla y le acarició un hombro. Pero las sillas estaban más cerca esta vez, y ella se sintió envuelta por su cuerpo.

–Discúlpame, *carina*. Me has dejado perplejo, porque tu madre, la mujer que yo conocí, no habría hecho eso.

–Supongo que la gente cambia, ¿no?

Antonio sacudió la cabeza. Era obvio que quería decir algo más, pero se calló.

—Mis padres no eran felices —continuó Amelia, encogiéndose de hombros—. Al principio estaban muy enamorados, pero eran de mundos muy distintos. Mi padre era un hombre pobre, y lo único que tenía era su música. Ya empezaban a estar mal cuando ella se quedó embarazada.

El anciano la miró con simpatía y, justo entonces, se acercó un camarero y le comentó algo en italiano, arrancándole una sonrisa. Al oírlo, Amelia pensó que debía recuperar el idioma. Al fin y al cabo, iba a estar dos años en Italia.

—¿Quieres que pida por ti, *cara*? —preguntó Massimiliano.

Amelia parpadeó, y respiró hondo cuando él alzó un brazo y le acarició la mejilla.

Luego, él dijo algo a su abuelo y, mientras Antonio hablaba con el camarero, Massimiliano se inclinó sobre ella y le dijo en voz baja:

—Siento lo de tu padre.

Ella cerró los ojos un momento.

—Gracias.

—No me des las gracias por eso. Solo quiero que sepas que lo comprendo, y que merecías una vida mejor.

—Como tú —dijo ella, agradecida.

Él asintió.

—Sí, eso también es verdad. Pero aprendí mucho gracias a mi padre. Aprendí cosas sobre la riqueza, la avaricia y, sobre todo, la condición humana. Si él no hubiera hecho lo que hizo, yo habría seguido pensando que la gente es decente en general y que se muestra tal y como es —comentó.

—¿Y qué opinas ahora?

—No me fío de nadie —contestó, mirándola a los ojos.

Ella sintió un escalofrío, que desapareció al instante por el calor que emitía el cercano cuerpo de Massimiliano.

—Sí, eso ya lo sé.

—Pues yo no estoy tan seguro de ello.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tú eres suave, y yo soy duro.

Ella frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Que, en mi opinión, no deberías abrirte tanto a la gente.

–No sabes lo equivocado que estás.

Él sonrió con escepticismo.

–¿Ah, sí?

–No tengo ni amigos ni familia. Estoy completamente sola en el mundo.

Él se inclinó un poco más sobre ella.

–Me tienes a mí.

Amelia se estremeció.

–Durante dos años. Y en una farsa.

Massimiliano se quedó como estaba durante unos instantes, casi pegado a ella. Luego, se apartó lo justo para poder mirarla a los ojos, y ella deseó que dijera algo que desmintiera lo que acababa de afirmar.

Pero no dijo nada.

Momentos después, el camarero se fue, y Massimiliano amplió la conversación para incluir a su abuelo en ella.

Amelia fingió que no le importó.

Capítulo 7

Tenías razón. Es un hombre genial –dijo Amelia durante el trayecto de vuelta en la limusina.

Mientras miraba por la ventanilla, lamentó el cambio de paisaje. La zona por la que estaban pasando en ese momento era incomparablemente más bella, pero había disfrutado mucho en la *trattoria*. La comida había sido lo que Massimiliano le había prometido: exquisita.

De hecho, no recordaba haber comido nada tan delicioso en su vida, desde la pasta a la tinta hasta los calabacines con queso de cabra, pasando por el *prosciutto* con queso parmesano que había pedido como plato principal. Y eso sin contar el postre, porque Antonio y Massimiliano se habían limitado a tomarse unos cafés, pero ella había optado por disfrutar de un magnífico tiramisú.

Estaba tan llena que pensó que no podría comer nunca más.

–Tú también le has gustado.

Los ojos de Amelia se iluminaron.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque es mi abuelo, y lo conozco.

Ella se quedó encantada.

–Te pareces más a él de lo que crees –afirmó, jugueteando con el dobladillo de su chaqueta–. Y, por cierto, yo también mantengo las distancias con la gente. No depender de nadie es mucho más fácil. Pero tu abuelo ha conseguido atravesar mis barreras.

–No me extraña. Es un hombre realmente encantador, y sin duplicidades. Es lo que parece, nada más.

–Lo de tu padre le debió de doler mucho.

Massimiliano asintió lentamente.

–Fue una traición en todos los sentidos.

Ella guardó silencio, porque tuvo miedo de que él no dijera nada más si abría la boca en ese momento.

–Mi abuelo crio a mi padre para que siguiera sus pasos, para que compartiera sus valores, sus creencias. Para que fuera como él. Pero, mientras Antonio es escrupulosamente honrado, mi padre miente con tanta facilidad como respira. De hecho, le encanta mentir.

Ella soltó un grito ahogado.

–No me lo puedo creer.

–Claro que no puedes. Eres inherentemente buena. Demasiado buena para reconocer la existencia del mal.

–¿Crees que tu padre es el mal?

Él entrecerró los ojos.

–Su personificación, concretamente.

–¿Qué hizo para que merezca ese comentario?

–¿Además de robar a todas las personas que conocíamos, guardarse su dinero y huir como un cobarde, dejando que mi abuelo y yo afrontáramos las consecuencias?

Ella se mordió el labio.

–Dicho así... suena bastante mal, sí.

–En efecto –dijo él, asintiendo–. Y eso no es todo. Mi padre hizo cosas que mi abuelo desconoce. Cosas que no he querido que descubra, porque no veo por qué tenemos que vivir los dos con la cruda verdad.

–¿Me las quieres contar a mí? –preguntó Amelia.

Él la miró a los ojos y sacudió la cabeza.

–No, tampoco te quiero cargar a ti con esas cosas. En resumidas cuentas, mi abuelo es una de las mejores personas de este mundo y mi padre, una de las peores.

Massimiliano le apretó la mano durante unos segundos y añadió:

–Mi objetivo principal en esta vida es no parecerme a él.

–Pues ya tenemos otra cosa en común. Llevo tanto tiempo huyendo de mi madre que a veces ya no sé quién soy.

–Supongo que otra persona te instaría a perdonarla, aunque solo sea en tu corazón. Pero comprendo la rabia y el dolor derivados de

una traición tan grande como la de un padre o una madre que te abandona. Comprendo que huyas de ella. En mi opinión, es lo mejor que puedes hacer.

Ella suspiró con pesadez y se volvió a girar hacia la ventanilla, intentando no buscar significados extraños en el hecho de que Massimiliano la comprendiera. Pero su comprensión significó mucho para su destrozado y roto corazón.

Una hora antes de la boda, Massimiliano llamó a la puerta de la *suite* de Amelia. Llevaba un esmoquin impecable, y estaba sorprendentemente impaciente por ver a su novia, a pesar de que su matrimonio iba a ser una farsa. Desde luego, la tradición afirmaba que no debía ver a la novia antes de casarse, porque supuestamente daba mala suerte. Pero aquella no era una boda normal. Era un simple asunto de negocios.

Salvo que los negocios no habían tenido nada que ver con el beso que le había dado en la limusina. Y él lo sabía. Sabía que se había equivocado, y sabía por qué: la deseaba con toda su alma, y estaba loco porque llegara la noche bodas.

Amelia abrió la puerta al cabo de unos instantes, y él se quedó sin aire.

Estaba tan bella, tan joven e inocente, que no supo qué decir. Llevaba un precioso vestido de color blanco, con corpiño y una falda de tul que le llegaba a los tobillos. No mostraba más piel que la de los brazos y la espalda, pero le resultó increíblemente tentadora. Se había dejado el pelo suelto, y solo se había puesto el maquillaje necesario para enfatizar la belleza natural de sus rasgos.

Pero lo que más le llamó la atención fue el hecho de que solo tenía veintitrés años y de que, además, parecía tenerlos.

Era como un cordero a punto de dirigirse al matadero.

–¿Puedo entrar? –preguntó por fin.

Ella asintió y se apartó de la entrada.

–¿No te gusta mi vestido? –dijo, cerrando la puerta a sus espaldas.

Él frunció el ceño.

–¿El vestido? No, qué va, está bien... Mejor que bien –añadió, dándose cuenta de que no había sido muy halagador.

A decir verdad, le gustaba muchísimo. Pero le habría gustado mucho más si hubiera tenido la posibilidad de quitárselo en ese mismo momento para poder pasar las manos por su cuerpo desnudo.

–Creía que da mala suerte ver a la novia antes de la boda.

–Y será cierto, pero en las bodas de verdad.

Massimiliano se metió una mano en el bolsillo y sacó una cajita forrada de terciopelo.

–Esto es para ti.

Ella miró su cara, frunció el ceño y, a continuación, abrió la caja.

–¡Dios mío! Es igual. Exactamente igual.

–Sí que lo es. Y, si te vas a sentir más cómoda, puedes llevar este en lugar de llevar el original.

Amelia se quitó el anillo del dedo y se lo dio. Massimiliano tuvo que hacer un esfuerzo para no cerrar su mano sobre sus dedos y apretarla contra su cuerpo.

–Gracias –dijo ella, mirándolo con inocencia y timidez.

A Massimiliano se le revolvieron las entrañas, porque ardía en deseos de quitarle aquel vestido y sentirla contra su piel.

–He ingresado la cantidad acordada en tu cuenta –dijo, sin desviarse de sus objetivos reales–. Si te metes en tu banco, podrás saldar tus deudas.

Amelia entreabrió los labios y dejó escapar un suspiro de sorpresa, como si hubiera olvidado el motivo por el que se iban a casar.

–Gracias –repitió.

–No me des las gracias. Es el trato que hicimos.

–Lo sé, pero... –Los ojos se le llenaron de lágrimas–. Llevo tanto tiempo preocupada por el dinero, tantos años, que no me lo puedo creer. Es un inmenso alivio.

A pesar de que Massimiliano no quería tocarla, le pasó el pulgar por la mandíbula, acariciándola suavemente.

–Siento no haberte pedido matrimonio hace un año.

–Pues ya somos dos –dijo ella.

Massimiliano sintió el deseo de poder cambiarlo todo. No de darle más dinero, sino de poder chasquear los dedos y devolverle a su padre y a su madre; cualquier cosa con tal de arrancarle una sonrisa el día de su boda.

Naturalmente, sabía que no era una boda de verdad. Pero su cuerpo tenía planes propios, y quería sentir su piel, aunque solo fuera un poco. Quería abrirse camino a través de las múltiples capas de sus faldas de tul.

Massimiliano tenía treinta y cinco años, y había estado con muchas mujeres; con tantas que ni se acordaba de algunos de sus nombres. Sin embargo, eso no se parecía nada a estar con aquella hermosa e inocente joven.

En realidad, no creía que él la mereciera. Pero habían hecho un trato y, por otro lado, sabía que sería incapaz de resistirse a sus encantos. Amelia quería que fuera su primer amante, y estaba más que dispuesto a serlo. Estaba tan dispuesto que la espera le empezaba a parecer insoportable.

El vestido de novia era fantástico, pero Amelia se sintió aliviada cuando se quitó la vaporosa prenda y se puso un vestido liso de color crema, bastante más ligero, para ir a la comida posterior a la boda.

Massimiliano había reservado una mesa en un restaurante de lujo, situado en una de las zonas más de moda de la capital italiana. Era todo un ejemplo de estilo industrial, desde los cableados que estaban a la vista hasta el suelo de hormigón, pasando por las mesas de madera y la intensa iluminación.

Sin embargo, la clientela no tenía nada de industrial. Era la élite italiana, con sus preciosas indumentarias de alta costura. Y en cuanto Amelia los vio, supo por qué había elegido aquel lugar: quería que los vieran.

Quería que vieran a Antonio y Massimiliano Moretti con una Rossi. Quería que supieran que dos de los apellidos más antiguos de Roma se habían unido por matrimonio.

Amelia se había mostrado escéptica hasta entonces con la relevancia de todo aquello, pero cambió de opinión al oír los susurros de la gente y ver sus miradas. Massimiliano sabía lo que hacía. Su compromiso matrimonial se había anunciado en la prensa y, por supuesto, se habían añadido detalles como el supuesto hecho de que estaban profundamente enamorados.

Incluso habían publicado detalles sobre su familia que Amelia desconocía, y que hicieron que se sintiera orgullosa de ser una Rossi, muy a su pesar. De pronto, sentía curiosidad por su herencia italiana y por aquel precioso y antiguo país que ella había despreciado toda su vida, fingiendo que no existía.

—¿Qué tal estás? —preguntó él cuando ya habían retirado sus platos.

Ella lo miró y tragó saliva.

—Bien.

—Me refiero a lo de esta noche.

—Ah, no estaba segura de que aún quisieras...

—¿Qué? —preguntó él.

—Que pase lo que te dije. Lo de la noche de bodas.

—¿Es que dudas de mi palabra, *contessina*?

A ella se le encogió el corazón.

—No, Massimiliano.

—Me alegro —dijo él, inclinándose sobre ella—. Porque, cuando nos quedemos a solas, te voy a desnudar y te voy a hacer mía hasta que grites mi nombre. Es lo que querías, ¿no?

Amelia sintió humedad entre sus piernas. Se había quedado abrumada con la intensidad de su promesa, con la feroz sensualidad de lo que acababa de decir.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? —insistió él.

Ella asintió, incapaz de hablar.

Massimiliano metió una mano por debajo de la mesa, la cerró sobre su rodilla y se la acarició. Amelia tembló, desesperada.

—¿Te parece bien que nos marchemos pronto? —preguntó él.

Ella volvió a asentir en silencio. Y, en ese preciso momento, apareció un camarero con un delicadísimo milhojas con olor a vainilla.

–Es la hora del postre –dijo él.

Amelia notó entonces que los clientes del restaurante sacaban sus teléfonos móviles para hacerle fotos mientras ella cortaba la tarta. Y, cuando terminó, la gente rompió a aplaudir y Massimiliano la tomó entre sus brazos y la besó como la había besado en la limusina, con apasionamiento.

En ese momento, deseó arrastrarlo fuera del restaurante y empezar con el primer capítulo de la noche que les esperaba. Pero él rompió el contacto unos instantes después y volvió a ser el hombre de costumbre, uno más preocupado en saludar a la concurrencia y dar conversación a las personas que estaban en la mesa que en concentrarse en ella.

Sin embargo, le pasó un brazo por encima de los hombros, y no lo quitó de allí durante el resto de la velada.

Capítulo 8

Amelia estuvo de los nervios desde el momento en que se sentaron en el asiento trasero de la limusina, sintiéndose como si se estuviera derritiendo por dentro. Ni siquiera se dio cuenta de que se estaba frotando nerviosamente las manos hasta que él cerró los dedos sobre los suyos.

–No hay motivos para estar nerviosos –dijo.

Ella sacudió la cabeza y pensó que lo suyo no era nerviosismo, sino algo mucho más complejo: una explosión de sensaciones, una inmersión en la emoción, la ansiedad, la adrenalina, el asombro y el arrepentimiento.

¿Habría cometido un error? ¿Qué pasaría si acostarse con él lo complicaba todo o, peor aún, acababa en una experiencia profundamente decepcionante?

–No haremos nada que no quieras que hagamos –continuó Massimiliano.

Ella volvió a sacudir la cabeza.

–No es eso lo que me preocupa. Quiero hacerlo, en serio. Quiero hacerlo y que se acabe.

Él sonrió con ironía.

–Es la primera vez que me dicen algo así.

Amelia se ruborizó, mortificada por el comentario.

–Sabes lo que quiero decir... Estoy decidida a dejar de ser virgen. Estoy preparada para ello, para cruzar el umbral y pasar al otro lado.

–Seguirás siendo la misma persona.

–Sí y no.

Massimiliano le acarició la cara.

–¿Nadie te tentó lo suficiente como para hacer el amor con él, *contessina*?

–Ya te lo he dicho. No tenía tiempo para esas cosas.

–Eso no es lo que te he preguntado.

Amelia frunció el ceño.

–¿Nunca has estado con un hombre con quien quisieras llegar más lejos? ¿Nunca has sentido esa chispa de deseo, esa pulsión de tu cuerpo deseando más, queriendo explorar y disfrutar del sexo? – insistió él.

A Amelia se le quedó seca la boca.

–El sexo era lo último en lo que estaba pensando.

–¿Y estás segura de que no quieres esperar hasta conocer a alguien que te pueda ofrecer algo más que eso?

–No, no quiero esperar. Solo será sexo.

–Cierto, pero ¿seguro que es lo que quieres?

–¿Intentas que cambie de idea?

–No, solo quiero saber si estás convencida de ello.

–Lo estoy, Massimiliano. Es la decisión que he tomado. Es lo que quiero.

Él se recostó en el asiento y dijo:

–Está bien. Si es lo que quieres, lo tendrás.

Amelia no tenía cabeza para fijarse en los detalles del ático, así que se alegró de que Massimiliano no se lo enseñara en profundidad. Ya tendría ocasión de familiarizarse con él. Además, casi estaba temblando de ansiedad.

–Bueno –dijo, deteniéndose en mitad del enorme salón, de sofás y sillones de cuero–. ¿Dónde está tu habitación?

Él arqueó las cejas y le dedicó una sonrisa lobuna, de depredador.

–Estás impaciente...

–Sabes por qué.

–Sí, claro que lo sé.

Massimiliano cruzó la estancia, sacó una botella de *whisky* y sirvió dos vasos; uno de ellos, significativamente más pequeño que el otro.

Luego, se acercó a ella y le dio el segundo. Sus dedos se rozaron, y Amelia se estremeció.

–Estás impaciente porque quieres que esto termine cuanto antes – prosiguió él, con sorna–. Sin embargo, me has pedido que sea tu primer amante y, si quieres que lo sea, tendrás que aceptar que lo seré a mi modo. ¿Confías en mí?

Algo estalló en el pecho de Amelia, una mezcla de adrenalina y excitación.

–Apenas te conozco.

–¿Estás diciendo que no?

Ella se llevó el *whisky* a los labios e inhaló su potente aroma.

–Está bien, confío en ti. Confío en que harás lo que dijiste y no me harás daño.

Los ojos de Massimiliano brillaron.

–Ya, pero no voy a hacer lo que dije.

–¿Cómo? Ahora no te puedes echar atrás. Me he casado contigo con la condición de que...

Súbitamente, él alzó un dedo y se lo puso en los labios, acallándola.

–No me limitaré a tomarte, Amelia.

–Pero...

Massimiliano le empezó a acariciar los labios, poniéndole la piel de gallina en todo el cuerpo.

–No tienes experiencia con los hombres.

Amelia sacudió la cabeza, incapaz de hablar.

–No tienes experiencia sexual.

Ella cerró los ojos cuando él dejó de acariciarle los labios y le introdujo el índice en la boca. El corazón estuvo a punto de salirse del pecho.

–Lo primero que necesitas saber es que el sexo es mucho más que sexo –dijo Massimiliano, sacándole el dedo lentamente.

–Eso no tiene sentido –dijo ella, excitada.

–Lo tendrá –afirmó él, con una sonrisa arrogante–. Y lo segundo que tienes que saber es que debes usar tu voz.

–¿Mi voz?

–En efecto. Si te duele algo, si hago algo que te disgusta, si no estás cómoda con lo que sea, dímelo y me detendré. La comunicación es importante.

Ella asintió.

–Empezaremos poco a poco –prosiguió él.

–No, no... –susurró ella–. Despacio no.

Massimiliano se inclinó sobre ella y le chupó el lóbulo de una oreja, desatando en ella una oleada de placer. Después, se apartó un poco, echó un trago de *whisky* y dejó el vaso en una mesa.

–Créeme, Amelia. Hacerlo despacio puede ser muy satisfactorio.

Las manos de Massimiliano se cerraron sobre la suave seda de su vestido y se lo empezaron a levantar sin prisas, poco a poco, excitándola de tal manera que, cuando dejó al descubierto su delicado tanga, ella estaba jadeando.

Amelia se preguntó si se daba cuenta de la exquisita tortura a la que la estaba sometiendo. La sedosa tela susurró sobre sus senos, y notó un hormigueo en sus pezones. Luego, él le quitó el vestido por encima de la cabeza y lo tiró al suelo.

Ella se llevó otra vez el *whisky* a los labios; pero, en esta ocasión, dio un sorbito. Para su sorpresa, el sabor no le disgustó. Como mucho, añadió otro interés al hecho de estar medio desnuda con un hombre al que casi acababa de conocer, con el hombre con quien se había casado.

–¿Estás preparada?

Amelia asintió.

Massimiliano acortó la distancia que los separaba y pasó la mano bajo el tanga de encaje. Ella estuvo a punto de salirse de su propia piel cuando sintió el contacto en su sexo y se encontró sometida a la intensidad de su mirada.

Avergonzada, apartó la vista.

–No te escondas de mí –dijo él, cerrando la mano sobre su barbilla para obligarla a mirarlo–. El sexo es directo y natural. Tiene que serlo. No te resistas.

Amelia tenía la sensación de que el aire le quemaba los pulmones cada vez que respiraba. Massimiliano había empezado a mover los dedos y, tras localizar su zona más sensible, la rozó hasta que ella se

encontró al borde de algo increíblemente arrebatador. Y en ese momento, antes de que se pudiera rendir a las sensaciones, él se deslizó en su húmedo interior, arrancándole un ligero grito.

Nunca la habían tocado de aquella manera, pero estaba encantada con ello. Además, se alegraba de que Massimiliano no estuviera siendo excesivamente delicado. No quería que la tratara con guantes de seda.

Ya estaba a punto de implosionar otra vez cuando él cerró las dos manos sobre sus ya desnudas nalgas, se las apretó y, sin dejar de acariciarlas, se inclinó y le succionó profundamente un pezón, creando un cortacircuito en sus sentidos. El placer era casi intolerable.

–Massimiliano... –acertó a decir–. Por favor, por favor...

Amelia no sabía lo que quería ni lo que necesitaba, pero él parecía saberlo de sobra, así que se dejó llevar por su instinto femenino y permitió que le succionara una y otra vez los dos pezones, volviéndola loca de deseo.

–Cuando te penetre, tendrás un orgasmo tremendo, *cara*. Va a ser magnífico. Lo será para los dos.

–Sí, sí, sí... –prometió ella.

Amelia pensó que aquel hombre era adictivo, y luego se dijo que no, que lo adictivo era el sexo. A fin de cuentas, estaba descubriendo lo que la mayoría de la gente descubría a una edad bastante más temprana. Era un ser sexual, y había negado esa parte de ella misma durante demasiado tiempo.

–Dime lo que quieres.

–No lo sé –dijo frustrada.

–¿Te gusta que te toque aquí? –preguntó él, metiéndole la mano entre las piernas.

–Oh, sí.

–Pues te enseñaré por qué.

Esta vez, Massimiliano no se detuvo. Le acarició el clítoris hasta llevarla al límite de su resistencia y, acto seguido, lo sobrepasó sin apartar la vista de sus ojos en ningún momento. El antiguo mundo de Amelia se estaba desmoronando lentamente y, cuando se

derrumbó del todo, se encontró en un mar de intensas y cegadoras sensaciones.

No habría sabido describir lo que sentía. De repente, era increíblemente consciente de todo, de las imágenes, de los sonidos, de las suaves ráfagas del aire acondicionado, de la masculina fragancia de Massimiliano, de la suavidad de su chaqueta y de la dureza de su cinturón. Fue algo extraordinario, una revelación.

Amelia se apartó de él como si necesitara aire, aunque su cuerpo ansiaba mucho más. Quería ser suya. Sin embargo, ya no era imprescindible que la penetrara aquella noche. Su insistencia en tomar el camino más largo estaba resultando maravillosa.

—¿Ya has tenido suficiente, *signora* Moretti?

Signora Moretti, señora Moretti.

Amelia clavó la vista en el anillo que le había regalado y el corazón se le encogió por un motivo nuevo: por la forma en que había pronunciado aquella frase, inmensamente posesiva. De pronto, aquello parecía real, peligrosamente real.

—¿Sí? ¿O no? —insistió él, acercándose de nuevo.

Ella sacudió la cabeza mientras jugueteaba con el enorme diamante.

—No. Enséñame más, *signor* Moretti.

—¿Qué se dice en estos casos? —preguntó él con malicia.

Ella se estremeció.

—Por favor.

—Veo que aprendes deprisa.

Su voz sonó ronca de necesidad; y cuando cerró las manos sobre sus caderas y la apretó contra su cuerpo, ella notó su duro sexo y se le nubló la vista durante unos instantes.

Luego, una especie de arcano instinto femenino la empujó a frotarse contra él, buscándolo, invitándolo a tomarla. Pero, en lugar de hacer eso, Massimiliano le volvió a meter una mano entre los muslos y volvió a sacudir los cimientos de Amelia.

A Massimiliano no le extrañó que se quedara dormida. Se quedó mirando su precioso cuerpo y su largo y rubio cabello y, tras unos

momentos de contemplación, la tapó con la sábana, dominado por la extraña necesidad de protegerla.

Después, se levantó de la cama, salió de su dormitorio, se dirigió al suyo y se puso ropa deportiva para salir a correr.

Sin embargo, no era eso lo que quería hacer.

Si se hubiera dejado llevar por sus deseos, se habría desnudado, se habría tumbado junto a ella y la habría tomado una y otra vez. Nunca había deseado tanto a ninguna mujer, y eso lo desconcertaba por completo. Se suponía que no debía sentir eso por su flamante esposa. No era lo que habían pactado. Se habían casado por pura conveniencia y no había necesidad de complicar las cosas.

Incómodo, salió del ático y se dirigió a la calle, donde empezó a correr. Mientras avanzaba, admiró los jardines de Villa Borghese, el crepuscular cielo y el paisaje de la ciudad, preparándose para la ya inminente noche. Tejados antiguos, cúpulas de iglesias, la ciudad que había amado y odiado durante mucho tiempo: amado, por lo que era en sí misma; odiado, por lo que le había quitado.

Por la gente que le había dado la espalda. Por lo que su padre había hecho.

Pero no estaba corriendo por eso. Corría porque necesitaba quemar la energía que había acumulado, la que ansiaba verter en la mujer que estaba durmiendo en el piso; la preciosa e inocente mujer con la que se había casado para limpiar el buen nombre de su familia.

Y, si no se andaba con cuidado, aquella mujer se podía convertir en lo único que le importara de verdad.

Amelia se despertó al sentir una mano en un hombro, confundida. Tardó unos segundos en recordar lo sucedido, desde la boda hasta la forma en que había llegado a la cama. Su mirada recorrió fugazmente el lujoso dormitorio, y se empapó con las vistas de Roma.

Ya era de noche. Las estrellas formaban un manto diamantino en el cielo y la ciudad refulgía como si fuera de oro. Y a su lado, allí

mismo, vestido con un traje diferente y con aspecto de acabarse de duchar, estaba Massimiliano.

Su marido.

Amelia volvió a mirar el anillo, y se le hizo un nudo en la garganta al recordar el placer que le había dado. Si se hubiera atrevido, le habría rogado que se acostara con ella y le hiciera el amor. Pero no se atrevió.

–Tenemos reserva para cenar.

Ella intentó ocultar su decepción.

–¿Para cenar?

–Es importante que nos vean juntos, ¿recuerdas? Nuestro matrimonio no servirá de nada si nos quedamos en el dormitorio.

Amelia pensó que tenía razón. Habían llegado a un acuerdo, y ella tenía que cumplir su parte del trato. Aunque quisiera quedarse allí.

–De acuerdo.

Entonces, se dio cuenta de que estaba completamente desnuda y se tapó hasta el cuello con la sábana, avergonzada.

Él rompió a reír.

–Oh, *cara*. Ya he visto tu cuerpo. Mis manos se han saciado con él. No lo escondas.

Massimiliano cerró la mano sobre la sábana y la miró a los ojos antes de quitársela de encima, como para asegurarse de que le parecía bien. Y a ella se lo pareció.

–Eres demasiado bella para ocultarte, *contessina*.

Amelia se dejó llevar por el placer de sus halagos. Nunca había sido vanidosa; en parte, porque no tenía tiempo para serlo y, en parte, porque no lo necesitaba. Durante años, no había hecho otra cosa que intentar sobrevivir. Pero estando allí, con aquel hombre impresionante, se empezó a creer la mujer que él describía.

Capítulo 9

En su momento, a Amelia le había parecido exagerado que Massimiliano le regalara tal cantidad de ropa; pero, mientras estaba en uno de los cubículos del cuarto de baño, oyó la conversación de unas mujeres y se alegró de encajar estéticamente en su mundo.

Estaban hablando en inglés. Una, con bastante acento, lo cual parecía indicar que era italiana. En cuanto a las otras dos, eran inconfundiblemente estadounidenses. Y hablaban nada más y nada menos que de ella.

—No puedo creer que se hayan casado.

—Sabes quién es, ¿no?

—Una Rossi. Por lo menos, supuestamente —dijo la italiana con desprecio—. Ya habéis visto el artículo que ha salido en la prensa. No había estado en Italia hasta esta semana.

—Eso carece de importancia.

—Es una Rossi. Ya sabes lo que significa.

—¿Sabrá en lo que se está metiendo?

La italiana soltó una carcajada y dijo:

—Cuidado, Sasha. Cualquiera diría que estás celosa.

—Oh, vamos. Como si yo hubiera querido casarme con Massimiliano. Prefiero llamarlo cuando me apetece y acostarme con él. Es mucho más divertido.

—Pues eso se ha acabado —dijo la otra estadounidense—. Ahora es un hombre casado.

—¿Y qué? —dijo Sasha—. Ni eso es asunto mío ni cambia nada.

En ese momento se oyó un clic, y Amelia reconoció el inconfundible sonido de la cámara de un móvil.

¿En serio? ¿Se estaban haciendo fotos mientras hablaban de ella?

Si Amelia se hubiera casado por amor, las palabras de aquellas mujeres la habrían herido profundamente; pero no se había casado por eso. Y, además, no creía que Massimiliano fuera capaz de amar a nadie.

De amar, quizá no. Pero de hacer el amor sabía mucho.

–¿Estás diciendo que te acostarías con un hombre casado?

–Estoy diciendo que no creo que esté con ella mucho tiempo. Es muy joven, y parece una chica aburrida.

Amelia frunció el ceño. ¿Aburrida, ella?

Luego, bajó la vista, miró su anillo y se sintió extrañamente tranquila al verlo. Pensaran lo que pensaran aquellas mujeres, era ella quien llevaba el diamante de los Moretti. O, por lo menos, una buena imitación.

–Estás celosa, y no entiendo por qué. ¿No estabas saliendo con ese director británico?

–Oh, venga ya. Puedo mascar chicle y caminar a mismo tiempo. En fin, vámonos, que estoy hambrienta.

Las mujeres se fueron entonces, y Amelia respiró hondo antes de salir del cubículo, intentando tranquilizarse.

Ya en el exterior, se topó con una dama de edad avanzada, que se estaba retocando el carmín. Y como ella estaba terriblemente ruborizada, le dio vergüenza que la desconocida lo notara. Sin embargo, hizo caso omiso y se lavó las manos, mirándose al espejo.

La desconocida, de inmaculado cabello rubio recogido en un elegante moño, la miró entonces y dijo con una sonrisa:

–Algunas mujeres son unas verdaderas arpías. No te lo tomes a mal. Estás con el hombre que ellas quieren, pero es tuyo.

Luego, para desconcierto de Amelia, le puso una mano en el hombro y añadió:

–Conocí a tu madre, ¿sabes? Te pareces físicamente a ella, pero algo me dice que no eres como ella. Ten cuidado. Estamos en un mundo lleno de víboras.

Amelia sintió el deseo de interrogarla sobre su madre, pero se refrenó.

–Gracias –dijo.

—Ten cuidado —insistió la mujer cariñosamente—. Y también con tu marido. No es un hombre precisamente fácil.

Ella estaba distinta cuando volvieron al ático. Ya no temblaba cuando la tocaba ni parecía a punto de estallar. El fuego seguía allí, en su interior, pero controlado. Y estuvo así durante casi toda la velada.

En cualquier caso, Massimiliano había descubierto que le encantaba charlar con ella. No esperaba que fuera tan culta e inteligente. No había ningún tema del que no pudiera hablar, lo cual despertó su curiosidad. De repente, quería saber más cosas de su esposa; más de las que habría deseado, teniendo en cuenta que su matrimonio no tenía nada que ver con el amor.

De hecho, no se quería dormir pensando en sus gemidos de placer. No quería saber cómo era posible que una persona tan guapa y tan culta trabajara en una cafetería del East End de Londres. Y, sobre todo, no se quería preocupar por su súbito cambio de actitud, por esa cosa distinta que había en ella.

Pero iba a ser difícil que no se preocupara; porque, cuando llegaron al ático, ella declaró que estaba agotada y se fue directamente a su dormitorio.

Amelia se despertó con una extraña sensación de pesadez, sumida en un mar de pensamientos contradictorios. Necesitaba estar con su marido y, al mismo tiempo, necesitaba alejarse de él; al menos, hasta entender lo que estaba pasando.

Pero la mañana no le provocó ningún acceso de lucidez mental, y lo único que pudo hacer fue intentar convencerse a sí misma de que su acuerdo tenía un montón de aspectos positivos. Hasta se recordó que su marido no significaba nada para ella, que no eran pareja de verdad. En la práctica, estaba interpretando un papel, como una actriz. Un papel por el que le pagarían extremadamente bien.

Sin embargo, se había dado cuenta de que no podía estar a su entera disposición mientras estuviera allí. Tenía que informarse sobre

la forma de estudiar la carrera que quería hacer, y también tenía que recuperar su italiano. Además, ahora tenía dinero, de modo que se podía matricular donde quisiera o contratar a un profesor particular. Cualquier cosa que la mantuviera ocupada durante los dos años siguientes.

Se duchó sin prisas y se dirigió al vestidor, pensando en las palabras de las mujeres del cuarto de baño. Habían dicho que era aburrida, y quizá tuvieran razón. Por mucha ropa de diseño que llevara, seguiría siendo una mujer normal y corriente.

Tras ponerse unos vaqueros y una camiseta grande, se recogió el pelo en una coleta y se puso un poco de brillo de labios. Los moratones habían desaparecido casi por completo, así que no tuvo necesidad de maquillarse. Y, cuando entró en la cocina, encontró una nota de su flamante marido apoyada en la cafetera:

Signora Moretti:

Me he ido a la oficina. Estabas tan profundamente dormida que no te he querido despertar. Si quieres saber algo de la casa, llama a mi ayudante. Te veré esta noche, a la hora de la cena.

M. M.

Su pulso se aceleró. El simple hecho de que él la hubiera estado mirando mientras dormía hizo que todo su cuerpo se encendiera de pasión. Y la simple idea de volver a cenar con él, de que la mostrara en público y la llamara *contessina*, bastó para que se le hiciera un nudo en la boca del estómago.

Pero eso era lo que habían acordado y, efectivamente, recibía un buen sueldo por ello.

Su mirada se desvió entonces hacia las ventanas del ático y, al ver Roma, se emocionó. Primero, disfrutaría de un café y, después, haría lo que le apeteciera. A fin de cuentas, nunca había sido dueña de su propio tiempo, libre de hacer lo que le viniera en gana.

Aquella era la primera vez en su vida que tenía esa posibilidad. Y pensó que, pasara lo que pasara, siempre le estaría agradecida por ello a Massimiliano.

Mientras se vestía para cenar, Amelia se sintió atrapada entre dos sentimientos igualmente intensos. El primero, de expectación, deseando volver a sentir el placer de la noche anterior; el segundo, de orgullo, porque había decidido que no iba a permitir que las mujeres de la alta sociedad la consideraran aburrida. Y eso implicaba cambiar de imagen.

El vestido que se puso era todo lo contrario a aburrido. De color azul marino, se ajustaba a su cuerpo como un guante. Lo combinó con unos botines y una cazadora de piel sintética, se dejó el pelo suelto, se pintó los labios de color rojo cereza y dio un paso atrás para poder mirarse en el espejo.

Estaba tan sensual que sonrió.

Acababa de salir de su dormitorio cuando Massimiliano entró en el ático con un traje del mismo color que su vestido y una impecable camisa blanca. Él no la vio de inmediato, así que ella tuvo la oportunidad de devorarlo con la mirada. Era un hombre increíblemente atractivo.

Segundos después, él notó su presencia y la miró. Amelia se sintió como si la hubiera tocado con la vista, y entreabrió los labios sin poder evitarlo.

–*Signora* Moretti –dijo él, sin dejar de mirarla.

Amelia forcejeó contra la tentación de morderse el labio y moverse inquieta, pero estaba nerviosa. La imagen que daba esa noche no era la imagen a la que estaba acostumbrada; y, justo entonces, se dio cuenta de que no se había vestido así sin más razón que la de impresionar a otras mujeres: también lo había hecho por él, por ganarse su aprobación.

Sin embargo, Massimiliano se limitó a arquear una ceja, como si estuviera esperando a que dijera algo. Y no dijo nada.

–¿Nos vamos?

Ella tragó saliva, decepcionada.

–Sí, claro. Estoy hambrienta.

Entonces, él le puso las manos en la cintura y dijo, con voz tórrida:

–Yo también lo estoy.

Amelia se puso colorada.

–Pues será mejor que nos marchemos.

Ninguno de los dos se movió. Por lo menos, hasta que él alzó un brazo y le acarició una mejilla.

–¿Te encuentras mejor?

Ella parpadeó, sin entender la pregunta.

–¿Cómo?

–Lo digo porque anoche parecías agotada.

–Ah, eso... Sí –dijo con inseguridad–. Estoy bien.

–Me alegro –afirmó él, tomándola de la mano–. En ese caso, vámonos.

El restaurante era tan increíble como todos los demás, y estaba abarrotado de miembros de la élite europea; de gente adinerada que no se molestaba en ocultar su interés por la flamante esposa de Massimiliano. Tanto era así que Amelia notó sus miradas durante toda la cena, a pesar de que se habían sentado en una de las mesas del fondo.

–¿Has probado los *maritozzi* alguna vez? –preguntó él con voz ronca.

Amelia sacudió la cabeza, y él habló con el camarero y, a continuación, alzó su copa de champán para brindar con ella.

–Estás preciosa esta noche.

A Amelia se le aceleró el corazón.

–Gracias.

Él sonrió.

–¿Qué tal el trabajo?

–Satisfactorio.

Ella arqueó una ceja.

–¿Te gusta lo que haces?

–Disfruto haciéndolo bien.

Amelia pensó que eso no significaba que le gustara, pero comprendió perfectamente su respuesta.

–¿Siempre has sido tan ambicioso?

–Supongo que sí. Pero no tuve que serlo hasta que se supo lo que había hecho mi padre.

–Debió de ser humillante para ti.

–Lo fue.

–¿Y están saliendo las cosas como querías?

–¿A qué te refieres? –preguntó él.

–A esto, a nuestro matrimonio. ¿La gente te ha vuelto a aceptar?

Massimiliano rompió a reír, pero no pudo responder de inmediato, porque el camarero apareció en ese momento con dos cafés solos y unos *maritozzi*, que eran unos bollos rellenos de crema.

Cuando el hombre se marchó, él la miró a los ojos y dijo:

–Mi juego es a largo plazo. Unir a nuestras familias ha sido un paso importante, pero pasará tiempo antes de que se perdonen los pecados de mi padre.

–Ya ha pasado mucho tiempo, ¿no?

Él asintió.

–Sí, pero nunca me he preocupado por reparar el daño que hizo mi padre, al margen de ofrecer compensaciones económicas. A decir verdad, me importa muy poco lo que piensen esas personas. Si no fuera por mi abuelo, me daría igual.

Massimiliano se encogió de hombros y siguió hablando.

–Pero sí, *cara*. He recibido llamadas de felicitación de personas que ni siquiera pronunciaban mi nombre.

–Me lo imagino, pero no entiendo por qué tenías que casarte conmigo, precisamente. Por qué tenía que ser yo.

–Porque tu familia es muy poderosa.

–Ya, pero hay muchas familias que...

–Los Rossi son de estirpe antigua. La gente respetaba a tus abuelos, y eso es importante.

–Pues sigo sin entenderlo.

–Lo cual no ha evitado que te cases conmigo, por lo visto.

–Me estás pagando un montón de dinero –le recordó ella.

Massimiliano escudriñó su rostro.

–Y merece la pena –dijo.

Amelia se mordió el labio inferior, acordándose de los comentarios de las mujeres del cuarto de baño.

–Pero tú eres el hombre que todo el mundo quiere.

Massimiliano volvió a reír.

–¿En serio?

–Lo sé de muy buena fuente.

–¿Y qué fuente es esa, si se puede saber?

Ella se empezó a arrepentir de haber iniciado esa conversación.

–Te he hecho una pregunta, *contessina* –insistió él.

Amelia sacudió la cabeza y cambió de conversación, nerviosa.

–Ah, hoy he conocido a tu ayudante. Me ha enseñado cómo funciona todo lo de la casa, cómo llamar al equipo de seguridad, cómo pedir un coche, ese tipo de cosas. Además, me va a conseguir un profesor de italiano. He decidido que, si voy a vivir aquí, tendré que dominar el idioma.

Él entrecerró los ojos.

–Sí, ya sé que ha estado contigo, pero me cuesta creer que haya hablado de mi vida personal –declaró.

Amelia se maldijo para sus adentros. Evidentemente, seguía esperando a que le hablara de la fuente en cuestión. Era como un perro con un hueso.

–Tu ayudante no ha dicho nada de tu vida personal.

Entonces, él metió su cucharilla en uno de los bollitos y se la llevó a la boca.

–Prueba –dijo.

Ella abrió la boca y lo probó. Estaba sencillamente delicioso. Era suave, dulce, ligero, exquisito. Estaba tan bueno que soltó un gemido.

–¿Con quién has estado hablando? –preguntó él.

–Con nadie. Es que...

–¿Sí?

–Escuché la conversación de unas mujeres.

–¿Cuándo?

–Anoche, durante la cena.

–¿Y qué dijeron?

Ella se encogió de hombros.

–Básicamente, que podrías estar con todas las mujeres que desearas.

–Comprendo –dijo él, llevando otra cucharadita de *maritozzi* a su boca–. Y puede que estén en lo cierto si se referían a acostarme con ellas, pero ninguna es tan adecuada como tú para ser mi esposa.

–Oh, vamos. Seguro que alguna de ellas te habría resultado tan conveniente como yo. No puedo creer que...

Amelia no terminó la frase. Y no la terminó porque, en ese preciso momento, él le metió una mano entre las piernas y acarició su sexo.

–¡Massimiliano! Nos podrían ver. Nos podrían hacer fotos...

–No, no pasará nada. Nadie te puede ver aquí. Solo me ven a mí. Relájate.

Amelia no se pudo relajar. Cada vez que la acariciaba, sentía una oleada de placer que, a su vez, avivaba el deseo y la desesperaba un poco más. De hecho, cerró una mano sobre una de sus piernas como si eso la pudiera ayudar a no perder la cabeza.

–No hay nadie en mi pasado que se hubiera podido casar conmigo. Nadie con quien yo me hubiera querido casar. Habrían querido afecto, intimidad, cosas que no puedo dar.

–¿Y qué es lo que me estás dando ahora? –dijo ella, estremecida.

–Esto es distinto. Es parte de nuestro acuerdo –le recordó, acelerando el ritmo de sus atenciones–. Los dos somos conscientes de la naturaleza temporal de lo que estamos haciendo.

–Oh, sí...

Las palabras de Amelia no fueron una contestación a lo que Massimiliano había dicho, sino a lo que su cuerpo estaba sintiendo.

–Cuando volvamos a casa, te voy a desnudar y te voy a besar en todas partes –le prometió él en voz baja–. Empezando por aquí.

En ese momento, Amelia se precipitó en el profundo abismo del orgasmo. Y si no se oyó su gemido fue simplemente porque Massimiliano lo acalló con un beso.

Hacía mucho tiempo que Massimiliano no hacía nada tan imprudente. Con toda seguridad, desde sus veinte años, cuando empezó a tener éxito, cuando el peso de los delitos de su padre se atenuó lo suficiente como para permitirle disfrutar de sus ganancias.

De sus ganancias y de las mujeres que se le echaban encima por su dinero.

En aquella época, había sido muy descuidado. Ni le importaba la reputación de sus amantes ni le importaba la suya. Pero Amelia no era como ellas: era su esposa y, teóricamente, estaban enamorados. Sin mencionar el hecho de que seguía siendo virgen.

Llevarla al orgasmo en la parte trasera de un restaurante no era algo que encajara en sus planes. Pero no lo había podido evitar. Lo estaba deseando desde la tarde anterior. Lo había deseado durante la cena, lo había deseado cuando se acostó y, por supuesto, lo había deseado a lo largo de todo ese día. No dejaba de pensar en la inocente, espontánea y apasionada respuesta de Amelia a sus atenciones.

Sí, hacía mucho tiempo que no se comportaba de un modo tan imprudente, y también había pasado mucho desde que había estado con alguien con tan poca experiencia como ella. Con una mujer que aún estaba aprendiendo que su cuerpo era algo que otra persona podía dominar, del mismo modo en que ella podía dominar el de la otra persona.

Más tarde, cuando su coche ya avanzaba por las calles de Roma, entre lugares emblemáticos que le resultaban de lo más familiares, tuvo la sensación de que su matrimonio podía ser problemático. En principio, era muy conveniente; en principio, porque se podía descontrolar si él lo permitía.

Pero no lo permitiría.

Él era Massimiliano Moretti. Había levantado un imperio a partir de las ruinas de la fortuna de su familia, y no dejaría que nada ni nadie lo desviara de su camino. Ni siquiera la joven británica con la que se había visto obligado a casarse.

Capítulo 10

La promesa de Massimiliano no había dejado de resonar en la mente de Amelia desde que habían salido del restaurante. En su caso, sonrojada por el recuerdo de lo que le había hecho, pero también por la vergüenza, porque no estaba convencida de que nadie los hubiera visto. Y mucho menos teniendo en cuenta que se encontraron con una nube de *paparazzis* cuando salieron del establecimiento.

Sin embargo, Amelia no se había sentido intimidada porque Massimiliano la apretó inmediatamente contra su cuerpo, protegiéndola, logrando que se sintiera segura. Hasta consiguió que se sintiera como si formara parte de algo importante.

Ninguno de los dos dijo nada durante el trayecto en la limusina. Sin embargo, Amelia estaba muy nerviosa y, para cuando llegaron al ascensor de su domicilio, estaba completamente dominada por el deseo. Lo sucedido en el restaurante había avivado aún más su necesidad, y las piernas se le doblaban cuando se detuvo en mitad del enorme salón y lo miró a los ojos.

Entonces, él avanzó hacia ella a grandes zancadas y la miró con intensidad.

–Creo recordar que te he hecho una promesa –dijo.

Massimiliano no hizo nada más. Se quedó parado, como si se hubiera dado cuenta de que ella se sentía súbitamente insegura. Y un segundo después, levantó un dedo y lo curvó hacia atrás, invitándola a acercarse, a ser ella quien diera el primer paso.

A duras penas, Amelia acertó la distancia que los separaba. Massimiliano se inclinó, llevó las manos a su vestido e hizo lo mismo

que había hecho la tarde anterior: levantárselo de un modo tortuosamente lento.

Ella estaba deseando que se lo quitara de una vez y lo arrojara al suelo, pero él lo deslizó centímetro a centímetro, disfrutando descaradamente, hasta que por fin lo desechó. Y luego, le volvió a meter una mano entre las piernas.

–También he dicho que empezaría por aquí –le recordó, acariciándola.

Amelia echó la cabeza hacia atrás.

–Massimiliano...

–¿Sí, *signora* Moretti?

Ella se estremeció de placer, y solo pudo decir una cosa:

–Por favor.

–Te lo he prometido, Amelia. Y siempre cumplo mi palabra.

Por segunda vez en la misma noche, Massimiliano hizo algo muy poco habitual, algo que no había hecho con una mujer desde su adolescencia, cuando empezaba a experimentar con el sexo. Pero al ver a Amelia en la cama, desnuda y suplicante, deseó anegar su cuerpo de sensaciones que casi no pudiera soportar.

–¿Confías en mí? –dijo con firmeza.

Ella asintió.

–Sí.

–¿Y qué harás si quieres que me pare?

–Decértelo.

–Excelente –contestó él.

Massimiliano se llevó las manos al cinturón y se lo desabrochó. Amelia siguió sus movimientos con la vista y se pasó la lengua por los labios de un modo tan seductor que él se estremeció. Estaba increíblemente bella.

–Quiero probar una cosa, Amelia.

Cuando ya estaba desnudo, se puso entre sus piernas y empujó su duro miembro contra su sexo. Amelia gimió y se retorció, invitándolo a tomarla; pero él se inclinó hacia delante, cerró las manos sobre

sus muñecas y le alzó los brazos por encima de la cabeza, inmovilizándola contra el cabecero de la cama.

–Quiero que te quedes así y lo sientas todo. Sin tocarme.

Massimiliano alcanzó el cinturón del pantalón y lo cerró alrededor de sus muñecas. Ella movió las manos instintivamente, como para comprobar las ataduras. Y no cedieron.

–¿Lo entiendes?

Ella asintió, tensa.

–Muy bien.

Y como Massimiliano era un hombre de palabra, empezó a besar su cuerpo inmediatamente, rozándolo con los labios a medida que descendía por él. Amelia se excitó de tal forma que, cuando llegó a sus piernas, ya estaba gimiendo y contorsionándose.

Luego, cerró las manos sobre sus muslos, los separó lo suficiente y, tras hundir la cara entre ellos, la saboreó y atormentó implacablemente hasta que ella estalló contra su boca, hasta que sus gritos inundaron la habitación.

El sonido fue tan tentador y adictivo que él estuvo a punto de poseerla en ese mismo momento, pero se refrenó. Le había prometido un despertar sexual completo, y aquello solo era el principio.

Pasó un rato antes de que Amelia pudiera respirar con normalidad o, más bien, con la normalidad necesaria para poder hablar y hasta pensar. Había perdido la cuenta de cuántas veces la había llevado al clímax con la boca y las manos antes de desabrochar el cinturón, liberarla y preguntar:

–¿Estás bien?

Ella pensó que estaba mucho más que bien. La experiencia había sido absolutamente mágica. Y como aún no estaba segura de poder hablar de un modo mínimamente comprensible, se limitó a asentir y se quedó mirando el techo.

Se sentía como si hubiera estado corriendo una maratón.

Pero, entonces, él se levantó de la cama.

–¿Te vas?

–¿Es que quieres más? –preguntó Massimiliano, arqueando una ceja.

Ella arqueó las cejas, incapaz de admitir que quería verlo, tocarlo, abrazarlo, explorarlo como él la había explorado a ella. Incapaz de decir que le apetecía charlar con él, que deseaba que la abrazara.

–Buenas noches –dijo al fin–. Y gracias.

–No me des las gracias por eso, Amelia –dijo él al llegar a la puerta–. Estoy disfrutando mucho. Tal vez, más de lo que imaginas.

La mañana siguiente fue igual que la anterior. Cuando Amelia se despertó, Massimiliano ya se había ido, pero le había dejado otra nota apoyada en la cafetera. En esta ocasión era más corta, y se limitaba a informarla de que se verían por la noche.

Al leerla, su pulso se aceleró, pero intentó refrenarse y concentrarse en el día que tenía por delante. Al fin y al cabo, iban a estar casados dos años, y no podía estar todo el tiempo en su palacio de las alturas, esperando a que Massimiliano volviera y retomara las lecciones de su educación sexual.

Tenía que hacer algo, tener una vida propia.

Especialmente, porque todo ese romanticismo desaparecería cuando él la liberara de su virginidad. Era lo que le había prometido. Solo eso. Y siempre cumplía su palabra.

En consecuencia, descargó los documentos que necesitaba para matricularse en la universidad y llamó de nuevo a la ayudante de Massimiliano para que le confirmara lo del profesor de italiano. Luego, salió a explorar la ciudad, pero no antes de avisar a los guardaespaldas, de quienes ahora sabía que vivían en ese mismo edificio, al igual que el chófer de su marido.

Estuvo varias horas en el centro histórico de la ciudad, paseando; y aunque era un fresco día de principios de otoño, se compró un helado en un puestecito de los alrededores del Coliseo y disfrutó de él mientras contemplaba la gigantesca y preciosa estructura.

Ardía en deseos de que Massimiliano estuviera con ella, pero su deseo no tenía ningún sentido, porque no era su esposo de verdad. Dijeran lo que dijeran su certificado de matrimonio, los artículos de

la prensa o su propia relación sexual, el suyo era un matrimonio de conveniencia, nada más.

–¿*Signora* Moretti?

Amelia se sobresaltó un poco al oír la voz de su guardaespaldas, que apareció a su lado con unas gafas oscuras.

–¿Sí?

–¿No ha dicho que quería estar de vuelta a las cuatro?

Ella echó un vistazo al reloj. El tiempo se le había pasado increíblemente rápido.

–Ah, sí, es verdad. Gracias, Pietro.

–Sígame, *signora*.

El profesor de italiano resultó ser un hombre joven, de unos veinticinco años; y, además de hablar su idioma natal, también hablaba inglés, francés y ruso. Se llamaba Christiano, y Amelia tardó poco en darse cuenta de que era perfecto para ella. Había estudiado italiano de niña, pero se había esforzado tanto por borrarlo de su mente que ahora era, prácticamente, una principiante.

Pero, por fortuna, estaba acostumbrada a la pronunciación del idioma. Y, según Christiano, su acento era magnífico.

Su profesor le sugirió que dieran una clase diaria durante el primer mes, y a ella le pareció bien. Era una forma excelente de llenar su tiempo, dar sentido a su vida y sentirse menos sola. De hecho, siguió practicando cuando Christiano se marchó, y solo lo dejó cuando se empezó a hacer tarde, porque se tenía que vestir para la cena.

En determinado momento, el teléfono empezó a sonar. Y cuando vio el número de la pantalla, se quedó helada.

Era su abuela.

–Siento interrumpir tu luna de miel, cariño –dijo–. ¿Podemos cenar la semana que viene?

–Preferiría comer, si no te importa.

Amelia se puso roja como un tomate, porque el motivo de su contraoferta era que quería reservar sus noches. Massimiliano las

había convertido en un ejercicio constante de seducción, y no estaba preparada para renunciar a ellas.

—Por supuesto. Envíame un mensaje con la hora y el lugar y nos veremos allí... *Ciao*, Amelia.

—*Ciao*.

Cuando Amelia colgó el teléfono, se maldijo para sus adentros.

¿Qué demonios estaba haciendo? En menos de quince días, había dejado de ser una mujer independiente y se había transformado en una que esperaba obsesivamente a su marido. Y ni siquiera era un marido de verdad.

Massimiliano la llevó a otro elegante restaurante, de comida y vistas tan exquisitas como todos los demás. Y, cada vez que la miraba, el corazón se le desbocaba y su mente se preguntaba si aquella noche, por fin, le robaría su virginidad; si tendría el placer de sentirse completamente poseída por su esposo.

Como quería estar bien despierta, solo se tomó una copa de champán durante la cena; pero eso no impidió que se sintiera extrañamente valiente cuando regresaron al ático.

—Quiero verte —dijo sin más.

Él se giró hacia ella muy despacio.

—¿Cómo?

Ella dudó un momento.

—Quiero verte desnudo. Creo que es lo justo.

Massimiliano la devoró con sus negros ojos.

—Te estás volviendo tan atrevida que eres capaz de pedirme que te ate otra vez.

—¿Es que no puedo pedírtelo? Eso es tener doble rasero, ¿no crees?

Él sonrió.

—Sí.

—Pues menos mal que solo quiero que te desnudes.

—Está bien, como quieras —declaró Massimiliano—. Pero ¿qué vas a hacer al respecto?

El corazón de Amelia se aceleró de nuevo cuando avanzó hacia él, cerró las manos sobre las solapas de su chaqueta y se la quitó. Él no dejaba de mirarla en ningún momento, pero eso no la inquietó: más bien al contrario, le dio valor.

–Es la primera vez que hago esto –dijo ella, desabrochándole los botones.

–¿Quitar una camisa a alguien?

Ella sonrió.

–Desnudar a un hombre. De hecho, no he visto desnudo a ninguno.

Massimiliano emitió un gemido que le salió de lo más profundo de su garganta, un ruido sensual y cálido que hizo que Amelia titubeara al llegar al último botón; pero se concentró y se lo desabrochó.

Cuando por fin le quitó la camisa, admiró sus brazos con deseo, le pasó las manos por el pecho y las cerró sobre su espalda. Después, cerró los dedos sobre su cinturón y se preguntó si sería el mismo con el que la había atado la noche anterior.

–¿Quieres quedarte con él, para más tarde? –preguntó ella, sorprendida con su propio atrevimiento.

–Buena idea –dijo Massimiliano.

Amelia le bajó la cremallera y le empezó a bajar los pantalones, sintiendo un cosquilleo en los pezones. Él se apartó un poco para facilitarle la operación y, al cabo de unos instantes, ya no llevaba otra cosa que unos calzoncillos de color negro.

El pulso de Amelia se volvió irregular cuando se quedó mirando el último obstáculo.

–Estoy nerviosa –le confesó.

–Lógico. Es tu primera vez.

–Ya, pero...

–Es normal que lo estés –insistió él–. Pero recuerda que no tienes que hacer nada que no quieras hacer.

–Lo sé.

Amelia lo dijo en serio. No se había sentido obligada en ningún momento. Desde luego, Massimiliano había llevado la voz cantante en lo tocante a la organización de su matrimonio, pero era ella quien

se había empeñado en que tuvieran una relación sexual. Era ella quien lo había presionado a él.

–Tú tampoco –dijo Amelia.

Él frunció el ceño.

–¿A qué te refieres?

–A que no tienes por qué hacer esto. Sí, sé que fue la condición que te puse, pero no se debe obligar a nadie a acostarse con otra persona. Sinceramente, no sé en qué estaba pensando cuando dije eso.

Él asintió, con expresión indescifrable.

–¿Aún quieres que sea tu primer amante?

Ella alzó la vista y lo miró a los ojos, sin atreverse a hablar. Y, entonces, Massimiliano cerró la mano sobre su muñeca, la llevó a su sexo y la instó a cerrar los dedos sobre él.

–Estoy así por ti –dijo–. Como puedes notar, no me estás obligando a hacer nada que no quiera hacer.

–No sabes cuánto te deseo... –declaró ella de repente.

En respuesta, Massimiliano la tomó entre sus brazos, la alzó en vilo y la llevó hacia el dormitorio. Sabía que debía ir despacio con ello. El objetivo de lo que estaba haciendo era despertar su sexualidad poco a poco, noche a noche. Sin embargo, había tenido más paciencia que un santo. Se había dedicado a demostrarle que el sexo era mucho más que el acto de la penetración. Y ya no podía esperar más.

Massimiliano le quitó la ropa bastante más deprisa que ella a él. Lamentablemente, estaba tan ansioso por volver a verla desnuda que le rasgó el vestido sin querer. Pero se acordó de que se había comprometido a dejar que lo tocara y, en lugar de atarla de nuevo con el cinturón, le cedió parte del control y permitió que lo tocara y acariciara mientras él la llevaba otra vez al borde del orgasmo.

Solo entonces, se puso encima de ella y apretó su miembro contra el sexo de Amelia, consciente de que aquello podía ser un problema, porque iba a ser su primera vez.

–Acuérdate de decirme lo que sientes, lo que necesitas... Lo que te gusta y lo que no.

Ella asintió con frenesí.

–Por favor, no me hagas esperar más. Te lo ruego.

Massimiliano pretendía ir despacio, penetrarla lentamente, pero sus palabras tenían tal fondo de desesperación que la penetró un poco más de lo que quería, aunque después se detuvo para asegurarse de que se encontraba bien.

Ella asintió, gritó su nombre y se empezó a mover, instándolo a penetrarla más. Y Massimiliano se lo concedió. La penetró con delicadeza y la envolvió entre sus brazos al notar que se ponía tensa de repente.

Al cabo de unos momentos, cuando Amelia ya se había acostumbrado a la sensación de tenerlo dentro, él volvió a salir despacio y volvió a entrar del mismo modo. Sin embargo, el momento de tensión había pasado, y ella arqueó la espalda y se empezó a mover contra él, cada vez más deprisa.

El placer se volvió casi insoportable, pero Massimiliano se refrenó hasta que ella llegó al clímax y lo apretó con fuerza. Se refrenó hasta donde pudo, porque sabía que ni él mismo habría podido resistirse del todo. Aquella mujer le gustaba tanto que habría hecho el amor con ella hasta el fin de sus días.

Capítulo 11

Me siento como si hubiera estado viviendo en un sueño todo este tiempo –le confesó ella, con los ojos cerrados.

–¿En un sueño?

Massimiliano la levantó y la llevó al cuarto de baño con suma facilidad. Luego, la dejó en la ducha, abrió el grifo y se metió con ella.

–¿Qué has querido decir con eso? –continuó, acariciándola.

–Que, hasta este momento, he sido una especie de sombra. Solo estaba a medio camino de la mujer que debía ser. Quizá te parezca una tontería, pero jamás habría imaginado que me podía sentir de este modo. ¿Siempre es así?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Massimiliano.

–Bueno, el sexo establece una conexión muy potente entre las personas.

Amelia supo que su respuesta había sido sincera, pero le pareció insatisfactoria. Le habría gustado que dijera que aquello había sido distinto, único, especial. Le había gustado tanto que tendría que haberse dado cuenta de que se estaba internando en terrenos peligrosos.

Sin embargo, él alcanzó una esponja en ese momento y le empezó a frotar el cuerpo, logrando que sus pensamientos desaparecieran al instante, sustituidos por el deseo.

Al día siguiente, Massimiliano se tuvo que enfrentar a una decisión difícil.

¿Qué debía hacer? ¿Cumplir con lo que habían pactado originalmente? ¿O hablar con Amelia y preguntarle si estaba dispuesta a modificar su acuerdo?

No en vano, le había prometido una sola noche de amor, y él se las había arreglado para convertirla en tres. Además, ya no era virgen. Había conseguido su objetivo. Pero, mientras se vestía para marcharse a la oficina, no deseaba otra cosa que desnudarse de nuevo, despertarla con un beso y volver a hacer el amor con ella.

De hecho, fue la intensidad de su deseo lo que lo empujó a marcharse de una vez. Se estaba complicando la vida innecesariamente. Amelia iba a ser su esposa durante dos años, pero el suyo era un matrimonio de conveniencia, poco más que un acuerdo comercial. No podía permitir que las cosas se les fueran de las manos.

Por desgracia, estuvo pensando en ella todo el día, e incluso llegó a sopesar la posibilidad de llamarla por teléfono sin más intención que preguntarle qué tal estaba. Como si fueran viejos amigos o algo así. Pero se refrenó, y se quedó trabajando hasta las ocho para llegar a casa con el tiempo justo para saludarla y llevársela a cenar.

Había una forma fácil de no caer en la tentación: evitarla.

Durante una semana, Massimiliano se comportó como si no se diera cuenta de que ella estaba presente. Con una excepción: las cenas, que por lo visto consideraba necesarias para que lo volvieran a aceptar en la alta sociedad.

Sin embargo, su actitud era distante, y se limitaba a interrogarla cortésmente sobre las cosas que había hecho a lo largo del día. Tanto era así que Amelia empezó a buscar un atisbo del hombre al que había empezado a conocer, de la pasión que ocultaba bajo su fría fachada. Pero no lo veía por ninguna parte, y terminó llegando a la conclusión de que se había estado engañando a sí misma.

Habían llegado a un acuerdo. Massimiliano lo había cumplido. No había nada más.

Sus días eran largos y solitarios. Daba igual lo que hiciera, porque siempre estaba esperando a que el hombre con el que se había

casado regresara a ella. Paseaba, estudiaba y hasta comió un par de veces con sus abuelos, con quienes se portó como si fuera la mujer más feliz del mundo, porque debían creer que estaba enamorada de Massimiliano.

Quince días después de haber perdido la virginidad, la ayudante de su esposo le envió un mensaje para informarla de que una periodista de una conocida revista italiana la quería entrevistar al día siguiente. Por supuesto, la mujer le ofreció un estilista para que se encargara de peinarla y maquillarla, pero Amelia rechazó el ofrecimiento porque quería tener un control absoluto de su aspecto.

Veinticuatro horas después, mientras estaba estudiando italiano con Christiano, la puerta del ático se abrió y dio paso a Massimiliano, que entró a zancadas en la estancia. Amelia se quedó atónita, porque no estaba preparada para verlo, y se ruborizó al instante.

–Hola, *cara*.

–¿Qué haces aquí?

–¿En mi casa, donde vivo?

Ella contuvo el aliento.

–Tan temprano, quería decir.

En lugar de contestar, su marido ladeó la cabeza, le dio un beso en los labios y la abrazó con pasión.

–Oh, Massimiliano –dijo ella, casi a modo de súplica.

–¿Con quién estás? –preguntó él entonces.

Amelia no se dejó engañar por su tono despreocupado. Estaba celoso. Había visto muchas veces esa reacción: concretamente, en su padre, siempre preocupado por las muchas aventuras de su mujer.

–Ah, es Christiano –contestó Amelia–. Te diría su apellido, pero me temo que no lo sé.

–DeLuca –dijo el joven con una sonrisa.

–Es mi profesor de italiano.

–No sabía que hubieras empezado con tus clases.

Amelia pensó que tenía razón. No le había dicho nada. Y no se lo había dicho porque, en el fondo, tenía el infantil deseo de sorprenderlo con su fluidez.

–Es una gran alumna –dijo Christiano–. Si no fuera porque tiene aspiraciones de médico, sería una gran lingüista.

–Gracias por el halago, pero te lo debo a ti.

Massimiliano se apartó de ella y dijo entonces, dirigiéndose hacia la puerta:

–Te recuerdo que tenemos una entrevista.

A ella le pareció increíble que fuera tan grosero, pero se lo calló y miró a Christiano con tristeza, como disculpándose por la actitud de su esposo.

El joven sonrió y dijo, antes de irse:

–¿Mañana a la misma hora?

–Sí, gracias.

Massimiliano se limitó a inclinar la cabeza a modo de despedida, y ella perdió la paciencia.

–¿Cómo te atreves a...?

–Debería haber sido más claro contigo. Respeto tu independencia y tu deseo de ampliar tu educación sexual, pero hacerlo en nuestra casa es irrespetuoso y de mal gusto. Ahora tienes dinero. Puedes reservar una habitación en un hotel.

Ella se quedó atónita.

–Es mi profesor de italiano –insistió, desesperada–. Lleva tres semanas dándome clase. Me lo buscó tu ayudante y, aunque reconozco que lo empiezo a considerar un amigo, te aseguro que nuestra relación no es ni romántica ni sexual. ¿Cómo puedes decir algo así?

–Lo digo porque te conozco. He visto lo sensual que eres. Además, han pasado dos semanas desde que nos acostamos por última vez, y es normal que quieras explorar ese aspecto de tu vida. Pero explora en otro sitio, por favor.

Ella lo miró con absoluto desconcierto.

–No puedo creer... no puedo...

–Yo no traeré mujeres a esta casa –la interrumpió–. De eso puedes estar segura. Solo te pido que te apliques el mismo cuento.

Amelia sacudió la cabeza, sin saber qué decir. Y, acto seguido, dio media vuelta y se alejó.

Massimiliano se maldijo a sí mismo por haber perdido los papeles de esa manera. Nunca había sido un hombre posesivo. Nunca había sido celoso. Pero al verla allí, en compañía de un joven atractivo, se había vuelto loco.

Desesperado, llamó a su ayudante para que pasara la entrevista a otro día y se sirvió un vaso de *whisky*. Después, se quedó mirando las vistas de la ciudad mientras intentaba encontrar el modo de arreglar las cosas con ella. Y, al cabo de unos momentos, oyó un ruido a su espalda y se giró. Era Amelia, y llevaba una maleta con ruedas.

—¿A dónde vas? —preguntó él.

—Siento lo de la entrevista, pero no me puedo quedar con él.

—No te preocupes por eso. La he retrasado.

Ella asintió y siguió andando.

—Amelia, por favor... ¿a dónde vas? —repitió Massimiliano.

—Me acabas de recordar que ahora tengo dinero y que puedo reservar habitaciones de hotel —dijo ella, con el corazón en un puño—. No necesito quedarme en tu casa. No necesito que me hablen de ese modo.

—Amelia...

Ella lo miró a los ojos.

—No, déjame hablar. Me has comprado. Soy tu esposa. Pero no tienes derecho a gritarme y hablarme como si fuera una mujer barata y, además, una mujer obsesionada con el sexo. No tienes derecho a tratar a ese joven como lo has hecho. Si crees que me voy a quedar aquí y a permitir que me montes más escenas parecidas, te equivocas. No permitiré que me traten como...

—Tienes razón —dijo él.

Massimiliano dejó su vaso de *whisky* a un lado y avanzó hacia ella.

—Me he comportado de forma inadmisible —continuó—. No tenía derecho a decir esas cosas. Lo siento de verdad.

Ella sacudió la cabeza, apretando los labios.

—Es que estaba celoso —le confesó.

Amelia lo miró un momento.

–¿Crees que soy tonta? Ya me lo había imaginado. Pero acostarnos una vez no te da derecho a decirme con quien puedo pasar el tiempo. ¿O estás insinuando que no podré traer a ningún amigo a casa durante los dos años que estemos casados?

Massimiliano le puso las manos en las caderas y repitió:

–Lo siento. No me había puesto celoso en toda mi vida, y es evidente que no sé cómo manejar esa sensación.

Ella se cruzó de brazos. Tenía un aspecto tan frágil que una parte de él se derrumbó.

–¿Sabes una cosa? No creo que pueda aguantar esto –prosiguió.

–¿Hacer qué?

–No quiero que salgas con otros hombres.

Amelia sacudió la cabeza, sorprendida.

–No tenía intención de engañarte...

Él entrecerró los ojos, y ella añadió:

–Sé que el nuestro es un matrimonio de conveniencia, pero no puedo fingir que nuestros votos no me importan.

Massimiliano hizo caso omiso de la sensación de triunfo que le provocaron sus palabras, porque todo aquello era un castillo de naipes, y tenía la sensación de que el suelo se estaba moviendo bajo sus pies.

Había construido una jaula y se había metido en ella sin darse cuenta.

–Tenemos dos opciones –dijo él lentamente.

–¿Además de que me vaya a un hotel a pasar la noche?

–Eso no resolvería nada.

–¿Y qué lo resolvería?

Él la miró fijamente, sabiendo que dejar que se fuera era lo correcto. La situación la había creado él, y le debía ofrecer una salida.

–Si quieres, me puedes dejar para siempre. Nos divorciaremos –dijo, por mucho que le disgustara la idea.

Ella cerró los ojos.

–No puedo, y sabes por qué. Mis abuelos...

Massimiliano sintió un dolor terriblemente intenso. En teoría, su matrimonio no importaba, no debería haber importado. Pero aquello

le había dolido mucho.

–Cumpliré los términos de nuestro acuerdo. Al contrario de lo que te pueda parecer ahora, no soy un hombre cruel. No quiero que una pareja de ancianos acabe arruinada.

–Has dicho que tenemos dos opciones, ¿no?

–Quédate.

Ella lo miró y se mordió el labio.

–¿Para qué? ¿Para que te sigas comportando como si yo no estuviera presente? –dijo en voz baja–. ¿Para que me puedas exhibir cada noche en salones de gala, delante de todo el mundo, y fingir después que yo no existo?

–No –musitó Massimiliano–. Y si crees que no soy consciente de tu presencia, te equivocas muchísimo. Estoy obsesionado contigo, Amelia. Te has metido en mi alma, y no sé cómo luchar contra ello. Pienso en ti constantemente.

Ella suspiró.

–¿Qué significa eso?

–Que necesitamos un acuerdo nuevo –respondió él con cautela.

–¿Y cómo sería?

Massimiliano carraspeó y habló con lentitud, a duras penas, porque se estaba internando en un territorio peligroso.

–Te quiero en mi cama. Todas las noches que me concedas.

Ella lo miró fijamente, con expresión indescifrable. Aunque también podía ser que Massimiliano estaba tan absorto con sus propios sentimientos que no era capaz de percibir los de su esposa.

–¿Y?

–Estoy negociando contigo –dijo él–. ¿Qué quieres a cambio?

–Que, mientras nos acostemos, no salgas con otras mujeres.

La simple idea de salir con otras le resultó repugnante.

–Te ofreceré algo mejor. Mientras sigamos casados, te seré fiel. Tan fiel como tú dices que lo serás conmigo.

–¿Tanto si nos acostamos como si no?

En el fondo, Massimiliano admiraba los límites que ella estaba poniendo. Acababa de recordar sutilmente que dos años era mucho tiempo, y que no podían estar seguros de que su encaprichamiento sexual durara tanto.

–No quiero hacerte daño –dijo él, metiéndose las manos en los bolsillos para no tocarla–. Pero lo que me preocupa es tu edad y tu inexperiencia.

–Creía que ya habíamos dejado atrás mi inexperiencia.

Él sacudió la cabeza.

–Me refiero a la inexperiencia emocional.

Ella parpadeó y lo miró en silencio.

–Nuestra relación sexual no se parece en nada a las que he tenido hasta ahora –continuó.

–¿No? Pensaba que era normal.

–¿Yo he dicho eso en algún momento?

Ella frunció el ceño.

–Creo que lo diste a entender.

Massimiliano se acordó de que, efectivamente, Amelia le había preguntado una vez si el sexo siempre era así, y también se acordó de que no le había dado una respuesta sincera.

–Me interpretaste mal. Es que tu pregunta me pilló desprevenido.

Ella lo miró con exasperación.

–Sin embargo, el sexo sigue siendo solo sexo –prosiguió él–. Incluso estando con una mujer preciosa que se ha apoderado de mis pensamientos y los monopoliza constantemente, despierta o dormida.

Ella asintió lentamente.

–Ah, comprendo... Te preocupa que me enamore de ti.

Él inclinó la cabeza una vez.

–Sinceramente, creo que deberías preocuparte por ti mismo –comentó ella con sorna–. Eres tú quien se ha puesto como un desquiciado hombre de las cavernas al ver que estaba estudiando italiano con un joven.

Él sonrió ante su descripción, pero se puso serio rápidamente, porque seguía estando en arenas movedizas.

–No me voy a enamorar de ti –afirmó ella.

–¿Cómo lo sabes?

–No soy estúpida. Tengo planes más allá de este matrimonio, y no te incluyen a ti.

–Me alegro de saberlo. Y, desde luego, reconozco que hay cosas de mí que desconocía... Pero esta no es una de esas. Hace tiempo que decidí que el amor y el matrimonio no eran para mí, y ni voy a cambiar de opinión ni permitiré que me hagan cambiar de opinión.

Amelia no dijo nada, y él se empezó a sentir terriblemente impotente. Dudaba de ella, de él mismo, de todo lo que estaban haciendo. Pero, por otra parte, sabía que su encaprichamiento no duraría mucho. Ninguna pasión se mantenía demasiado tiempo, no con esa intensidad. Y, cuando superaran esa fase, se distanciarían inevitablemente.

Estaba convencido de ello.

–Lo lamento mucho, Amelia –dijo de nuevo–. Por favor, quédate.

–Me has dado dos opciones, y aún las estoy sopesando.

De repente, Amelia dio un paso adelante y le puso una mano en el estómago. Los ojos de Massimiliano brillaron al instante.

–¿Puedo hacer algo para ayudarte a tomar una decisión?

Ella lo miró con picardía.

–Oh, estoy segura de que sí, *signor* Moretti.

Massimiliano asintió. Evidentemente, no se iba a resistir a sus encantos.

Capítulo 12

El jacuzzi de la terraza del ático de Massimiliano era sencillamente sublime. O eso, o ella seguía estando en las nubes, porque acababan de hacer el amor con tanta pasión como si no se hubieran visto en varios años, como si hubieran nacido para ello.

Su vida había cambiado mucho.

Estaba a años luz de la jovencita inexperta que era cuando aceptó su oferta de matrimonio. Y, por primera vez desde el día de la boda, habían tomado la decisión de quedarse en casa, cosa que alegró a Amelia. Le encantaba que la agasajara con cenas por la preciosa capital italiana, pero prefería no tener que arreglarse ni tener que soportar las miradas de otras mujeres, que a veces la asesinaban con los ojos.

Tras contemplar un rato las vistas de Roma, se giró hacia él y dijo:

–Juré que no vendría a Italia en toda mi vida, ¿sabes?

Los oscuros ojos de Massimiliano se clavaron en ella. La dorada luz de la terraza los envolvía, creando un ambiente romántico.

–¿Por culpa de tu madre? –insistió él, al ver que ella no decía nada más.

Ella alcanzó su copa de prosecco y bebió.

–Sí. Cuando se fue, rechacé todo lo que estuviera relacionado con ella.

–¿Cuántos años tenías?

–Solo era una niña. Y ella, todo mi mundo –le confesó–. Yo la adoraba. Y, un buen día, se fue sin más.

Massimiliano emitió un sonido ronco, de compasión. Ella volvió a mirar el paisaje.

–Mis padres se peleaban constantemente. Creo que mi madre se dejó llevar por el romanticismo de conocer a mi padre y rebelarse contra los suyos. Y luego, se quedó embarazada de mí... Hasta es posible que se hubieran separado antes de no haber sido por eso.

–¿Por qué se peleaban?

–Porque mi madre tenía muchos amigos de tu sexo –respondió, sin tono alguno de acusación–. Estoy segura de que se acostó con unos cuantos, aunque mi padre nunca me dijo nada. Lo sé por el tono de sus discusiones.

–¿Por eso te ha afectado tanto mi reacción de hoy?

–Bueno, me ha resultado bastante familiar –contestó ella–. Mi padre era un hombre tranquilo, pero perdía la paciencia cuando discutían de sus supuestos amigos. Supongo que ese es el motivo de que me haya tomado nuestro matrimonio tan en serio, aunque sea una simple transacción comercial. No quiero ser como ella.

Él no dijo nada. Se limitó a mirarla.

–En resumidas cuentas, ni ella ni él eran felices. Pero la infelicidad de mi madre no era el único problema. No teníamos dinero. Y un día, ella desapareció.

Massimiliano le acarició una pierna por debajo del agua, y ella sonrió.

–Dejé de hablar italiano. Quité todas las fotos de mi madre y guardé todos los regalos que me había hecho. Estaba tan enfadada... Me juré que extirparía todo lo italiano que hubiera en mí –declaró.

–Es comprensible. Pero ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

–Que eres muy persuasivo.

–¿Por mi forma de ser? ¿O por el dinero que te ofrecí?

–Por las dos cosas –respondió ella, sintiendo una punzada en el estómago.

–¿Y lo de aprender italiano?

–A decir verdad, casi lo hago por mi padre. Siempre quiso que lo hablara, que siguiera estudiando. Cuando se murió, empecé a reflexionar al respecto y me di cuenta de que estaba llena de rencor. Pero ahora quiero ser todo lo que él quería que fuera. Y, por otra parte, voy a estar dos años en Italia.

Él asintió.

–¿Por qué no me habías dicho nada?

–Porque no había salido el tema.

–¿Y lo de estudiar Medicina?

–Bueno... siempre he querido ser médico. Desde niña.

–¿En serio? –preguntó sorprendido.

–Un año después de que mi madre se fuera, mi mejor amiga se murió. Tenía leucemia. Era la primera vez que yo me enfrentaba a la muerte, y carecía de la experiencia necesaria para asumirlo. De repente, ya no la podía ver, ya no podía jugar con ella. Me sentía terriblemente impotente. Solo era una niña, y habría hecho cualquier cosa por poder salvarla.

–Y luego pasó lo de tu padre, claro.

–En efecto. Y me sentí igual que entonces o peor.

–Bueno, no tengo la menor duda de que conseguirás ser médico. Eres una mujer extraordinariamente inteligente. Reconozco que no esperaba que fueras tan interesante, tan culta.

Ella hizo un mohín.

–No sé si tomármelo como un cumplido o como un insulto.

–Solo lo he dicho porque eres muy joven...

–Puede que lo sea, pero siempre he sido buena estudiante. De hecho, logré que me dieran una beca para estudiar Medicina, y lo habría hecho si mi padre no se hubiera puesto enfermo.

Amelia carraspeó un momento, emocionada.

–Le leía los periódicos todos los días, durante su convalecencia – continuó–. Él cerraba los ojos y me escuchaba. A veces, yo creía que se había quedado dormido y me detenía... pero mi padre abría los ojos, me agarraba del brazo y me instaba a continuar.

Massimiliano la miró con inmenso afecto, y ella se emocionó otra vez.

–¿No has sabido nada de tu madre desde que se fue?

–No, no he recibido ni una mala carta. Ni siquiera sé si está viva.

Él frunció el ceño.

–Podrías contratar a un detective.

Ella sacudió la cabeza.

–No, ¿para qué? En cualquier caso, está muerta para mí. Si no me quiere en su vida, es mejor que las cosas sigan como están.

Massimiliano asintió.

–Lo comprendo. Yo me siento igual.

–¿Lo dices por tu padre?

–Sí.

–Pero él ha cometido delitos de verdad. Seguro que la policía lo está buscando.

–Lo buscó durante mucho tiempo, pero sin éxito. Solo sabemos que transfirió cientos de millones de euros a paraísos fiscales, en una operación asombrosamente meticulosa. Se nota que llevaba tiempo planeándolo.

Amelia sacudió la cabeza.

–Pero tu familia ya era rica. ¿Por qué haría eso?

–Sí, éramos ricos, pero no tanto como lo soy yo ahora –respondió él–. Además, a veces creo que no lo hizo por el dinero, sino por la emoción. Engañó a sus amigos y se fue tranquilamente.

–Pero te perdió a ti, perdió a tu abuelo y destrozó vuestras vidas.

–Desde luego que sí. Aunque, por otra parte, le debo todo lo que soy.

–¿Y eso?

–Supongo que siempre he sido ambicioso, pero antes no lo era tanto. Cuando se supo lo que había hecho, me juré que devolvería el dinero que había robado y limpiaría el nombre de la familia. Sin embargo, no me había dado cuenta de la cantidad de prejuicios que tiene la gente. Mi dinero no sirvió de nada.

–Eso no es verdad. Tú mismo has dicho que la gente te admira y que eres uno de los hombres más ricos del mundo. Tu éxito es legendario.

–Pero yo me estoy refiriendo a un legado muy específico, al apellido Moretti, al respeto que antes le tenían.

–Pensaba que esas cosas no te importaban.

–Y no me importan. Además, ¿qué más da lo que pase, si voy a ser el último de la familia? Pero mi abuelo me importa. Se podría decir que es su último deseo.

Ella se estremeció.

–¿El último de tu familia? ¿Es que no quieres tener hijos?

–En efecto.

–¿Y lo sabe tu abuelo?

Massimiliano escudriñó su rostro.

–Al contrario. De hecho, cree que vamos a tener hijos de inmediato.

–¿Porque nos hemos casado?

–Claro.

–Otra ventaja de fingir que lo nuestro es real...

–Sin duda alguna.

–¿Y qué pasará cuando nos separemos?

–Si lo dices por mi abuelo, nadie puede saber lo que va a pasar.

–No, por supuesto que no, pero supongo que esperas que sobreviva, ¿verdad? Y en tal caso, ¿no se deprimirá cuando nos divorciemos?

–Ya cruzaré ese puente cuando tenga de cruzarlo.

–O sea, que tu decisión de no tener hijos es definitiva.

–Sí.

Ella se mordió el labio inferior.

–Pues a mí me pasa lo contrario. No he conocido a nadie con quien quiera tenerlos y, además, me gustaría hacer la carrera y ponerme a trabajar antes de ser madre. Pero siempre he querido fundar una familia.

Él la miró, sorprendido con su revelación.

–Eso no es para mí –dijo.

–Amelia se acercó un poco más. Estoy completamente sola, Massimiliano. Incluso antes de que mi padre falleciera, me sentía sola. Solo estábamos él y yo, y no éramos suficientes el uno para el otro. Pero él se ha ido, y ahora hay un enorme vacío en mi interior. Quiero amar y que me amen, por mucho que me asuste eso. Quiero tener una familia feliz, tener hijos que se quieran en cualquier circunstancia.

–Porque nunca tuviste eso.

Ella asintió.

–Es curioso. Nuestras vidas son similares en muchos aspectos, pero queremos justo lo contrario –dijo.

—Somos distintos, nada más —declaró ella, con una sonrisa radiante—. Y por otro lado, esto nos viene bien a los dos. Yo estoy recuperando mi conexión con Italia, y tú has hecho feliz a tu abuelo.

—Sí, eso es verdad. Los dos salimos ganando.

Amelia se inclinó hacia él para poder besarle; y, mientras se inclinaba, fue consciente de las estrellas del cielo, de la belleza de Roma y de la alegría que sentía al saber que estaría dos años con aquel hombre.

Quizá fuera una relación temporal, pero era lo más perfecto que había vivido. Y estaba decidida a aprovechar hasta el último segundo.

Un mes más tarde, Massimiliano se sorprendió reflexionando sobre su nueva rutina, que no se parecía nada a la de su vida anterior. Antes de conocer a Amelia, trabajaba todo el día y viajaba con frecuencia; ahora, salía de la oficina a la misma hora que sus empleados, ansioso por volver a ver a su esposa.

Por lo menos, mientras siguiera siendo su esposa.

Habían acordado que estarían juntos dos años, y no tenía intención de prolongar su relación. ¿Por qué la iba a prolongar? Por muy bien que estuvieran, estaba seguro de que se aburrirían en algún momento. Pero había algo en ella que le hacía perder el equilibrio constantemente.

De hecho, lo que pasó esa noche era un claro ejemplo. Cuando entró en el piso, descubrió que las luces estaban apagadas y que había una especie de resplandor en el salón. Y, al acercarse, descubrió que Amelia había encendido la chimenea, puesto guirnaldas de colores y colocado una tienda de campaña delante del fuego.

—¿Qué está pasando aquí?

Amelia salió de la cocina, descalza y sin más prenda que una de sus camisas, que dejaba ver parte de sus senos.

Massimiliano se excitó al instante.

—¿Prometes que no te reirás?

—Lo prometo.

–Es una especie de tradición –dijo ella, señalando la tienda de campaña.

–¿De tradición?

–Mi padre lo hacía todos los años. Como ya sabes, no teníamos dinero. No nos podíamos ir de vacaciones. Ni siquiera podíamos ir de acampada, y a él le encantaban esas cosas. Así que hacía esto por mí, todos los años.

–¿Por ti?

–Sí, el día de mi cumpleaños.

A él se le encogió el corazón. ¿Era su cumpleaños? ¿Por qué no se había acordado? Había visto su fecha de nacimiento en los documentos de la boda, pero no había prestado atención. A fin de cuentas, solo era una novia de conveniencia, una pieza de ajedrez.

–Debería haberlo sabido.

–Qué va –dijo ella, sacudiendo la cabeza–. Yo te lo podría haber dicho, pero no quería que me organizaras una fiesta o algo así y no pudiera hacer esto.

Amelia dio un paso adelante y lo tomó de la mano.

–El año pasado, papá estaba muy enfermo, pero a pesar de ello se empeñó en que montara la tienda de campaña y lo llevara al salón en su silla de ruedas –siguió diciendo–. Recuerdo haber pensado que sería la última vez que lo haría, porque no podría hacerlo estando sola. Pero me ha parecido que debía compartirlo contigo. No sé por qué. Es una tontería.

Él la miró fijamente, haciendo caso omiso del nudo que se le había hecho en la garganta y del súbito calor que sentía en el pecho.

–No, no es ninguna tontería –dijo, y le acarició la cara–. Feliz cumpleaños, *signora* Moretti. Me alegro de poder acampar contigo.

Al día siguiente, la ayudante de Massimiliano llamó a Amelia cuando ella estaba esperando a que su esposo volviera a casa.

–Mi jefe quiere saber si estarás disponible dentro de una hora, para que pasen a recogerte.

Amelia frunció el ceño.

–Sí, claro. ¿Para qué?

–No te lo puedo decir. Quiere que sea una sorpresa.

Amelia sonrió de oreja a oreja.

–De acuerdo. Dile que no hay problema.

Amelia no sabía lo que había planeado, así que se puso algo válido para cualquier cosa: unos elegantes pantalones negros, un jersey de cachemir y unos zapatos de cuero de tacón bajo. Una hora después, llamaron al intercomunicador de la casa y ella bajó al vestíbulo y se dirigió a la limusina que estaba esperando.

Ya estaban en otoño. El invierno estaba cada vez más cerca y, con él, la promesa del año nuevo, de un año más con Massimiliano y uno menos para su divorcio. Pero no quería pensar en eso, así que lo apartó de su mente.

El chófer le abrió la portezuela y, cuando ella se sentó en el vehículo, encontró un regalo con una nota que decía: «Ábreme». Amelia lo desenvolvió rápidamente. Era un libro muy antiguo, escrito íntegramente en italiano. Era un registro de familias prominentes de Europa, y su esposo había marcado dos páginas: la dedicada a los Rossi y la dedicada a los Moretti.

Amelia sonrió y se recostó en el asiento, encantada de que sus familias estuvieran unidas en aquel libro. Aunque, por otro lado, prefería que lo estuvieran por su matrimonio. Fuera de conveniencia o no.

Primero, un avión privado y, ahora, un helicóptero.

Amelia se subió a la elegante aeronave con una sonrisa en los labios y se abrochó el cinturón de seguridad. Massimiliano tampoco estaba allí, pero había dejado otro regalo, que empezó a desenvolver en el preciso instante en que el aparato despegó.

Era una caja, de esas que eran perfectas para un collar, y tuvo la seguridad de que sería algún tipo de joya. Y no se equivocó; o, por lo menos, no en todos los sentidos. En el interior de la caja había un estuche; y dentro del estuche, el estetoscopio más bonito que hubiera podido imaginar. Massimiliano se había molestado en que grabaran dos palabras en él: «Doctora Redgrave».

Naturalmente, el detalle la emocionó muchísimo, y se dedicó a pensar otra vez en su relación mientras el aparato cruzaba los cielos en dirección sur. No sabía a dónde iba, y se sorprendió al ver que aterrizaba en lo que debía de ser una bodega, porque había viñas y más viñas por todas partes. Y más cerca, en mitad de una pradera, una carpa rodeada de velas encendidas.

Al ver a Massimiliano, que estaba esperando a poca distancia del lugar donde iba a aterrizar el helicóptero, tuvo una revelación: no quería volver a ser Amelia Redgrave. Quería ser Amelia Moretti mientras los dos vivieran.

Quería que aquello fuera real.

Quería lo imposible. Porque, pasara lo que pasara entre ellos, Massimiliano había sido claro desde el principio. No quería estar casado de verdad. No quería tener hijos. Para él, aquello era algo temporal, por muy maravilloso que fuera.

Pero cabía la posibilidad de que él también hubiera cambiado. Era posible que él también quisiera más.

–Buenas noches, doctora –musitó Massimiliano, abrazándola.

–No lo soy ni de lejos. Todavía no –replicó ella—. Pero no sabes lo feliz que me has hecho.

Capítulo 13

Dónde estamos? –preguntó Amelia.

Estaban tumbados en un colchón tan mullido como las nubes, contemplando el cielo nocturno. Acababan de hacer el amor y, a pesar del fresco de la noche, seguían cubiertos de una fina capa de sudor.

–En Frascati, en una bodega.

–¿Y por qué estamos aquí?

–Porque las estrellas se ven mejor que en Roma, y porque es un lugar tranquilo.

–¿Es tuyo?

–Por supuesto.

Ella sonrió. Le encantaba su típica arrogancia.

–Sigo sin poder creer que te hayas tomado tantas molestias.

–¿Por qué?

Amelia se encogió de hombros.

–No sé, porque no pareces alguien muy dado a gestos románticos.

–Tú te mereces lo mejor, Amelia. Has luchado mucho. Y me alegro de que nuestro matrimonio te haya dado la oportunidad de vivir la vida que quieras.

Amelia, que empezaba a pensar que efectivamente se había enamorado de él, que quería que su matrimonio fuera real, se puso a jugar con su anillo y dijo:

–Tengo que preguntarte una cosa.

Necesitaba saberlo. Siempre había sido una mujer valiente, que afrontaba la realidad. No era de las que huían y se escondían. Era una luchadora y, si existía la posibilidad de que él quisiera ir más lejos, tenía que luchar por su matrimonio.

–Tengo que preguntarte algo.

–Eso ya lo has dicho...

Ella se mordió el labio, nerviosa.

–Hace unas semanas, nos enteramos de que somos distintos en un aspecto fundamental. Estábamos en el *jacuzzi*, hablando de tener hijos.

–Ah, sí, me acuerdo.

–Dijiste que nunca los has querido tener.

–Efectivamente.

–Pero, a pesar de ello, me estaba preguntando hasta qué punto estás decidido a no tenerlos. O sea, ¿estás completamente seguro de ello?

Massimiliano se puso ligeramente tenso.

–Sí. No tengo ninguna duda.

Amelia cerró los ojos, derrotada.

–¿Por qué lo preguntas?

–Por nada. Carece de importancia. Olvídalo.

–Si carece de importancia, me lo puedes decir...

Ella sacudió la cabeza. Sabía que Massimiliano no querría oírlo, y no lo quería agobiar con su confesión. Se había enamorado de él, sí, pero eso era problema suyo. Él le había pedido desde el principio que tuviera cuidado con eso, y ella había cometido la estupidez de enamorarse de todas formas.

Y, ahora, no tenía más remedio que asumir las consecuencias.

Una semana después de la noche del viñedo, Amelia se seguía comportando como si no hubiera estado a punto de decirle eso, lo que Massimiliano ya había adivinado: que se había enamorado de él o, por lo menos, que se creía enamorada de él.

Y lo había adivinado porque la conocía.

Conocía sus impulsos, instintos, pensamientos y sentimientos. Conocía su corazón, su alma, su mente, sus sueños. La conocía y la comprendía.

Era una mujer excepcional, una persona única. Pero también era inocente e inexperta, y por eso le había preocupado la posibilidad de

que se enamorara. No quería que le pidiera más de lo que él le podía ofrecer. Había intentado protegerla de ella misma y, al parecer, solo había conseguido partirle el corazón.

Sin embargo, aquello no podía seguir así.

No lo permitiría.

Antes de sentir la tentación de echarse atrás, la llamó por su nombre, buscándola con la mirada por el ático.

—¿Amelia? Tenemos que hablar.

—¿De qué tenemos que hablar? Lo has dicho con un tono casi siniestro.

Amelia, que se estaba poniendo un vestido para salir a cenar, lo dijo con naturalidad, como si no pasara nada. Pero Massimiliano no interpretó su papel. A pesar de que hacía tiempo que dormían en la misma habitación, la miró con una seriedad impropia de él.

—Tengo buenas noticias —dijo, con una sonrisa tensa—. Me he dado cuenta de que ya hemos conseguido lo que queríamos con nuestro matrimonio.

—¿Ah, sí? —dijo en un susurro.

—Mi abuelo está eufórico. Está inundado de invitaciones de sus antiguos amigos. Y ya has conocido a tus abuelos. No creo que haya necesidad de seguir con esta farsa.

Ella se estremeció. ¿Farsa?

—¿Qué quieres decir?

Él suspiró.

—No puedo ser responsable de que no persigas tus sueños, Amelia. Estudiar Medicina a tu edad exige que empieces lo antes posible. Lo he organizado todo. Un piso para ti, en Londres, y hasta un tutor para ayudarte. Por supuesto, yo lo pagaré todo.

—¿Cómo?

—No deberías posponer tu vida. Mereces algo mejor.

Ella se estremeció, porque lo que se merecía era él. Era todo lo que quería.

—No lo entiendo. ¿Y qué hay de los dos años?

–Tienes que irte, Amelia. Si surge algo importante, huelga decir que puedes venir a Roma. De hecho, podemos seguir legalmente casados.

Amelia sacudió la cabeza.

–Oh, no... esto no tiene nada que ver con mi título universitario.

–Te tienes que ir –insistió él.

–¿Por qué?

–Porque creo que te has enamorado de mí. Y no te puedo retener, viendo cómo sufres todas las noches, cada vez que nos besamos o nos acariciamos.

Ella retrocedió, tambaleándose.

–Yo... no...

Massimiliano la agarró de los brazos.

–Sé sincera conmigo. ¿Me amas?

Ella lo quiso negar, pero no pudo.

–Sí. Te quiero, Massimiliano Moretti, y si por mí fuera me quedaría aquí en Italia, para siempre, como tu esposa. No solo de nombre, sino en nuestros corazones –dijo, poniéndole una mano en el pecho.

Él palideció.

–Amelia, ese no era nuestro trato...

–No, no lo era, pero deja que te haga una pregunta. ¿Alguna vez has sentido algo así por una mujer? ¿Has estado con alguien tanto tiempo como lo has estado conmigo?

–Nuestro matrimonio no es real.

–No, pero esto lo es.

–Solo es sexo.

–No, es algo más, y los dos lo sabemos.

Él no se atrevió a contradecirla.

–Me di cuenta de algo hace unas semanas. Yo era virgen cuando te conocí, pero, en cierto modo, tú también. ¿Cuándo has hecho el amor con una mujer por la que sintieras algo? ¿Cuándo ha sido algo más que sexo para ti?

Él la miró fijamente, como suplicando que no siguiera por ese camino.

–¿Yo soy la única persona que te ha llevado a este punto? –continuó ella.

Él sacudió la cabeza, sintiendo que el mundo se hundía bajo sus pies.

—No. Estuve comprometido una vez, hace muchos años. Fue un error. Pero, en aquel momento, me creía enamorado de ella.

Amelia se sintió como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago.

—¿Cuándo fue?

—Antes de que mi padre se marchara. Éramos jóvenes. Sus padres eran muy estrictos y, como esperaban un compromiso formal, le pedí matrimonio. Pero, cuando estalló el escándalo de mi padre, me abandonó al instante. Y yo creía que estábamos enamorados... fue un tremendo error.

—¿Cómo pudo hacer algo así? Abandonarte cuando más la necesitabas...

Massimiliano le acarició la cara.

—Eso carece de importancia. El caso es que me equivoqué con ella, con nosotros, con nuestro futuro. Igual que tú te equivocas ahora.

—No.

—No soy el hombre adecuado para ti.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Lo digo porque nunca te podré dar lo que quieres.

—¿Y si lo único que quiero eres tú?

—No estoy disponible.

—Claro que lo estás —afirmó ella, refrenando las lágrimas—. Me parece increíble que no te des cuenta. Te has entregado a mí desde que nos conocimos. ¿Eso no significa nada?

Él volvió a sacudir la cabeza. Estaba terriblemente tenso.

—¿Massimiliano?

—Por favor, no sigas —le rogó.

—No lo entiendo.

—Me estás pidiendo un imposible, Amelia. Nuestra relación no tiene futuro.

—¿Por qué no?

—Ya te lo he dicho...

—No me has dicho nada. Por lo menos, ten la cortesía de decirme por qué no me das ni una simple oportunidad. No te tenía por un cobarde.

Los ojos de Massimiliano brillaron en una especie de caos emocional, y Amelia se dio cuenta de que estaba hurgando en una herida. Pero ella también tenía sus propias heridas, y él las estaba abriendo todas.

—¿Qué pasa? ¿Que estás demasiado asustado para tener esta conversación?

—Sí —dijo él, sorprendiéndola con la intensidad de su mirada—. Tienes razón. Soy un cobarde. ¿Eso te hace feliz? ¿Es eso lo que quieres oír? Márchate, por favor... es lo que necesito. No puedo permitir que sigas aquí, ofreciéndome un amor que tal vez me retires en algún momento. Y, desde luego, yo no te podré amar nunca.

Amelia se acercó a él, le pasó los brazos alrededor de la cintura y lo miró a los ojos.

—No creo que haya nadie en el mundo que te entienda tan bien como yo. Tienes un vacío en tu interior, el vacío que provocó tu padre al marcharse. Pero ese vacío se ha estado cerrando desde que nos conocimos, y también se ha estado cerrando en mi caso. ¿O me vas a decir que no es verdad, que tú no sientes eso?

Massimiliano tardó unos segundos en contestar.

—Eres la persona más especial que he conocido nunca. Si alguien pudiera lograr que olvide el pasado, esa persona serías tú. Pero he vivido con esto durante demasiado tiempo, más del que puedes imaginar. Y no permitiré que el amor me vuelva a debilitar, *cara*. Ni por ti ni por nadie. Si me quieres, si es cierto que me entiendes, sabrás que estoy diciendo la verdad.

A Amelia se le escapó un sollozo, porque sabía que era cierto. Estaba siendo sincero con ella.

—Me encargaré de que un coche te lleve al aeropuerto.

—No me digas qué hacer ni a dónde ir —dijo ella, desesperada—. Está visto que, para ti, todo es una farsa. Tan falso como esto.

Amelia se quitó el anillo del dedo y se lo ofreció.

—No lo quiero —añadió.

–Quédátelo, por si necesitamos...

–¿Seguir engañando a todo el mundo, quizá? –dijo ella con amargura.

Él no se movió, y Amelia se volvió a poner el anillo.

–Está bien, como quieras.

–Nunca he querido hacerte daño, ¿sabes?

–Sí, bueno, la vida es como es. Las cosas no salen siempre como se planean.

–Soy consciente de ello.

–Pero hay que saber adaptarse a los cambios... ¿Y qué si esto ha resultado ser más intenso de lo que imaginábamos? ¿Y qué si nos hemos enamorado?

–No, no, esto no es eso, esto es...

Massimiliano no terminó la frase. De repente, cruzó la habitación y la besó apasionadamente mientras ella lloraba.

–¿Lo ves? Solo es deseo. No lo confundas con el amor.

–¿Cómo te atreves a decirme eso? –declaró ella, apartándose de él–. No me digas lo que yo siento. No me digas que no soy lo suficientemente inteligente como para distinguir entre el sexo y el amor.

–Discúlpame, pero ¿cómo podrías distinguirlos? Has estado tan sola que estás desesperada por encontrar el amor, y te has convencido de que me quieres.

–¿Sabes una cosa, Massimiliano? Tienes razón. Eres un cobarde. No solo te niegas a admitir lo que sientes, sino que tampoco te atreves a admitir mis sentimientos y, encima, intentas usar mi pasado contra mí, haciendo que parezca una huérfana maltratada que no sabe lo que quiere. Pues te equivocas, ¿sabes? Esto es amor. Y espero que te des cuenta del error que has cometido, porque es el peor que cometerás en tu vida.

Amelia se alejó entonces, buscando a ciegas su bolso.

–¿A dónde vas?

–Eso no es asunto tuyo.

–Sigues siendo mi esposa.

Amelia se giró y dijo:

–No seas tan necio. No soy tu esposa de verdad.

–Pero seguimos estando casados... Estarás bajo mi protección, vayas a donde vayas.

–Me has hecho rica, ¿recuerdas? Puedo pagar mi propio equipo de seguridad. Solo necesito una cosa de ti, y es obvio que no me lo vas a dar.

–Te estás comportando como una niña.

Ella lo miró con ira.

–Y tú, como un imbécil.

Amelia se dirigió a la puerta y la abrió con brusquedad.

–Al menos, llévate mi coche...

Amelia le lanzó una mirada fulminante.

–No quiero nada de ti. ¿Entendido?

Capítulo 14

Massimiliano ordenó a su equipo de seguridad que siguiera al taxi de Amelia. Dijera lo que dijera ella, se sentía en la obligación de protegerla. Él había creado esa situación, y no iba a permitir que le pasara algo malo.

Sus empleados le informaron de que se había alojado en un hotel de la ciudad y, cuando supo el nombre, llamó a recepción y se aseguró de que le pasaran la factura a él. Amelia tenía razón al afirmar que la había convertido en una mujer rica; pero, si él había creado esa situación, era lógico que también pagara él. De hecho, hasta se encargó de que los guardaespaldas se alojaran allí, para que la siguieran cuando saliera de su habitación.

Necesitaba saber que estaba a salvo.

Al día siguiente, hizo que le empaquetaran la ropa y los accesorios y se los enviaran a su habitación. Tenía intención de hacerlo él mismo, pero, al rozar uno de sus vestidos de seda, se acordó de cómo le quedaba y salió disparado del vestidor. No soportaba el recuerdo de lo que había habido entre ellos. Estaba convencido de haber hecho lo correcto, pero no lo soportaba. La echaba mucho de menos.

Tres días después, Amelia le envió un mensaje para protestar por la presencia de sus guardaespaldas, porque se había dado cuenta de que la seguían. Él le preguntó si le molestaba tanto, pero ella no respondió. Y, al día siguiente, le envió otro mensaje; en este caso, para decir que la estaba acosando y que se estaba empezando a cansar.

El juego se repitió durante los días siguientes. Ella protestaba, y Massimiliano hacía caso omiso. Ella decía que era perfectamente

capaz de cuidar de sí misma, y él afirmaba que estaba en una posición vulnerable y que solo la quería proteger.

Sin embargo, no la había protegido. Le había partido el corazón. Y lo único que podía hacer ahora era asegurarse de que estaba a salvo y de que hiciera lo que deseaba hacer, aunque él ya no formara parte de su vida.

Fue el peor mes de la vida de Amelia, y eso era mucho decir. Había sufrido mucho durante sus veinticuatro años de vida, pero ahora tenía que soportar un tormento peor: el de alejarse de su esposo, aun sabiendo que él también la amaba.

No salió de la habitación en varias semanas, salvo una vez, para ver a sus abuelos. Y cuando se interesaron por Massimiliano, esbozó una sonrisa forzada y se obligó a mentir. Estaban encantados con él, porque se había hecho cargo de sus asuntos comerciales y se había comprometido a sacarlos a flote.

Evidentemente, estaba cumpliendo su palabra.

Cuando le preguntaron si Massimiliano y ella podían ir a cenar con ellos a una gala benéfica, se estremeció. No soportaba la idea de estar en el mismo espacio que él. Pero había pasado un mes y ya había rechazado varias invitaciones parecidas. Además, tendría que verlo en algún momento.

—No sé si podrá venir. Pero yo os acompañaré de todas formas —respondió.

Cuando llegó la noche en cuestión y se puso uno de sus vestidos, se quedó atónita. No se había dado cuenta de que había perdido mucho peso. En lugar de quedarle ajustado, le quedaba suelto. Pero seguía siendo muy elegante, así que se lo dejó y lo combinó con unos zapatos de tacón de aguja y un bolso a juego.

Y, entonces, se dio cuenta de que no podía ir a esa gala. No podía salir y fingirse bien, fingir que todo era normal.

Derrotada, apoyó la espalda en la pared y rompió a llorar. Tardó un rato en tranquilizarse y, cuando por fin lo consiguió, escribió un breve mensaje de disculpa a sus abuelos y se acurrucó en la cama, haciendo lo posible por aislarse del mundo.

No entendía a Massimiliano. ¿Por qué no le había concedido la oportunidad de estar con él? ¿Por qué era tan incapaz de afrontar sus sentimientos? ¿Por qué no podía intentar que aquello funcionara?

Su pasado lo había moldeado y, en muchos sentidos, lo había hecho indestructible. Se negaba a depender de otra persona. Era un hombre extremadamente independiente, con muros impenetrables alrededor de su corazón.

Amelia jamás habría imaginado que, en ese mismo momento, Massimiliano se estaba arrepintiendo de haberla expulsado de su vida.

Massimiliano seguía trabajando cuando llamaron al teléfono y, al ver la hora que era, frunció el ceño. Las nueve de la noche. Llevaba tantas horas en la oficina que había perdido el sentido del tiempo.

—¿Dígame?

—Massi, soy yo —contestó su abuelo—. ¿Se puede saber qué le pasa a tu mujer?

—¿Cómo?

—Se suponía que iba a estar en la gala de esta noche, y pensé que tú también vendrías. Pero ha escrito a sus abuelos y les ha dicho que no se encuentra bien. Además, parece que hace tiempo que no la ven. Creen que podría estar embarazada.

Massimiliano guardó silencio. No creía que se hubiera quedado embarazada; pero, por algún motivo, se sintió inmensamente feliz. Nunca había querido ser padre, y ahora lo deseaba con todas sus fuerzas.

—No, no te preocupes. Te aseguro que está bien, Nonno.

—Están preocupados por ella. No la quieren perder como perdieron a su madre.

—Y no la perderán.

Massimiliano cortó la comunicación. No quería perder ni un segundo más. Ya había perdido demasiado tiempo, y lo había perdido por su propia estupidez.

Amelia intentó hacer caso omiso cuando llamaron a la puerta; pero, fuera quien fuera, no dejaba de llamar, así que se levantó y abrió a regañadientes.

Era su marido.

–Gracias a Dios... –dijo él, entrando sin esperar a que lo invitara–. Aún sigues aquí. Sabía que te alojabas en este hotel, pero no estaba seguro de que siguieras en él. Lo único que sabía es que llevo demasiado tiempo sin verte, sin saber cómo estás, sin saber lo que haces, sin saber si eres feliz.

–¿Y por qué te importa eso?

Él la miró fijamente, emocionado.

–Porque tenías razón.

–¿En qué?

–En esto, en nosotros, en todo. Y especialmente en mí, en lo que me refrena. Soy un maldito cobarde, que prefiere privarse del placer de estar contigo a arriesgarse a perderte algún día. Llevo toda la vida escondiéndome, obsesionado con la posibilidad de que me hagan daño. Pero eso se ha acabado. No soporto estar sin ti.

Amelia lo miró con asombro.

–¿Qué me estás diciendo?

–Que te quiero. Y que tú me quieres a mí o, por lo menos, me querías. Fui un idiota al ponerlo en duda. Tú habías asumido lo que yo me negaba a aceptar... Pero ahora ya lo sé. Tú eres la parte que me faltaba, mi plenitud, la mitad de mi alma. Y no permitiré que nada se interponga entre nosotros. Te amaré con todo mi ser, para siempre, si vuelves a casa conmigo.

–A casa –repitió ella con un suspiro.

–Bueno, a esa casa o a donde tú quieras. Podemos vivir en cualquier sitio, hacer cualquier cosa. Lo único que quiero es que vuelvas a ser mi mujer. Mi verdadera esposa y, esta vez, mi esposa de verdad.

Amelia soltó un sollozo, pero de alivio.

–Te amo, Massimiliano.

Ella se puso de puntillas y le dio un beso.

–Lo sé –respondió él, con una sonrisa radiante.

Massimiliano no habría podido ser más feliz. Se amaban, se necesitaban, y nunca dejarían de estar unidos.

Mucho, mucho más tarde, cuando ya estaban acurrucados en la pequeña cama del hotel de Amelia, los dedos de Massimiliano se toparon con su anillo.

–He estado pensando en esto –dijo él.

–¿Ah, sí?

–Me pediste que encargara una réplica, y la hice. Pero no es una baratija. El diamante es de verdad, al igual que el oro.

Ella se quedó sin aliento.

–¿Insinúas que he estado yendo por ahí con una joya valiosísima? Me la podrían haber robado...

–No es más que un anillo –dijo él–. Pero lo que te quería decir es que es auténtico, igual que lo hemos sido nosotros.

Los ojos de Amelia se llenaron de lágrimas.

–Creo recordar que eso ya te lo había dicho yo.

–Sí, no dejaré de decirte que estabas en lo cierto. Te lo diré hasta el fin de nuestros días.

–Eso suena bien, ¿sabes?

–Desde luego que sí.

Massimiliano la besó con todo el amor de su corazón y toda la esperanza que ahora albergaba. Era como si hubiera encontrado su hogar, y no lo iba a perder otra vez.

De hecho, no lo perdió en ningún momento de los años siguientes, durante los que tuvieron cuatro hijos: un niño, una niña y, más tarde, gemelos. Con el tiempo, Amelia cambió de aspiraciones profesionales y, en lugar de ejercer la medicina, creó una fundación dedicada a la investigación y a la financiación de tratamientos médicos.

En cuanto a su matrimonio, fue de lo más sencillo. Cada día era más perfecto que el anterior; cada noche, más sensual que la previa. Y el corazón de Amelia rebosaba de felicidad, lo que siempre había merecido. Lo que ambos merecían.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta
apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta
la última página.

BIANCA™



HARLEQUIN™



KATE HEWITT

DELÁTAME

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)